

**Para Blanca Coaquira
(Donde quiera esté su reino)**

**XXXIV Concurso de Literatura
Franz Tamayo**

**Oficialía Mayor de Culturas
Gobierno Municipal de La Paz
Editorial Gente Común**

**Para Blanca Coaquira
(Donde quiera esté su reino)**

Primera edición, agosto de 2008

© Mabel Remedios Vargas M, Elizabeth Scott Blacud,
Luis Alberto Portugal Durán, Juan Álvaro Sanabria Abasto
Boris D. Paredes G., Vidal Guillermo Portugal Durán
Diego Andrés Mejía Alandia, Luis Dante Gorená Vargas,
Mauricio Rodríguez M.

© De esta edición:
Gobierno Municipal de La Paz
Oficialía Mayor de Culturas

Editorial Gente Común
editorialgentecomun@gmail.com

Edición:	Erika Bruzonic
Diseño tapa:	salinasanchez
Diseño de interiores:	Tania Chambi Poma
Impresión:	Grupo Impresor Teléfono: 2214493 gimpresor@yahoo.com

Déposito Legal: 4-1-1836-08

Impreso en Bolivia

Índice

Prólogo

Premio único

Para Blanca Coaquira (Donde quiera esté su reino)9
Mabel Remedios Vargas M

Menciones

Trueno peinado17
Elizabeth Scott Blacud

Entre horas33
Luis Alberto Portugal Durán

Jasmina, fin de los suburbios (Pas plus de banlieue)45
Juan Álvaro Sanabria Abasto

La balada del Kike...rikí.....59
Boris D. Paredes G.

Noche rota.....	75
<i>Vidal Guillermo Portugal Durán</i>	
Noticia carmesí	89
<i>Diego Andrés Mejía Alandia</i>	
Juro que yo no fui	95
<i>Luis Dante Gorena Vargas</i>	
Los exilios de Luján.....	109
<i>Mauricio Rodríguez M.</i>	
Acta del Jurado	

Presentación

Encabezado por la ganadora, Mabel Remedios Vargas Mendoza, con su obra “Para Blanca Coaquira, donde quiera esté su reino”, el concurso de literatura “Franz Tamayo”, convocado en su XXXIV versión por la Oficialía Mayor de Culturas, presenta este año un mosaico de producciones heterogéneas en la temática, pero de una calidad y proyección indiscutibles.

El conjunto de obras aquí presentadas nos enfrentan con la realidad de que *ya estamos* en el Siglo XXI. Los tópicos, lenguaje, visiones y realidades descritas por los autores, hacen patente el hecho de que el Siglo XX quedó muy atrás y que debemos dar vuelta la página a las relaciones sociales, políticas y culturales que aun subsisten en nuestro subconsciente, para dar la cara a los nuevos desafíos y realidades que nos tocan vivir.

En el panorama de la literatura contemporánea de Bolivia, el Premio “Franz Tamayo” se identifica con el ser emocional y geográfico del país. En efecto, el manejo literario tan bien logrado y su diversa temática son un canto exclusivo a los elementos materiales y humanos de Bolivia.

En vísperas del 2009, año en que La Paz ejercerá la Titularidad de Capital Iberoamericana de las Culturas y conmemorará el Bicentenario de la Revolución Independentista del 16 de julio de 1809, la presente edición nos proyecta al futuro, difundiendo la producción de nuestros autores y promoviendo la lectura.

Walter Gómez Méndez
Oficial Mayor de Culturas

**Para Blanca Coaquira
(Donde quiera esté su reino)**

Mabel Remedios Vargas M.

“Mientras tenga vida y salud seguiré bailando la morenada, porque cuando muera qué voy a llevar, solito en tumba me voy a llorar”. *Tu tu ru tu ru ru, tu tu tu tu tu, tu tu ru tu ru, tu tu ru ru ru ru ru*, solito en la tumba me voy a llorar. Esto me he bailado y cantado igual que los músicos del Titanic, perdiendo ya el barco, ahogándome en mi desesperación, sintiendo que ya no tengo valor para la vida, agachando mi cabeza, moviendo a derecha e izquierda; sacando mi peine verde me he peinado como John Travolta, un pasito para atrás, otro para delante, un jale de cadera y siempre con la morenada: “Mañana te voy a llamar para decirte que pasado me caso con otra mejor”.

¿Qué no he hecho por ti, Blanca Coaquira? Para que me mires, para que me sientas, hasta para que me ultrajes. Todo lo he dado por ti; todo lo caminado y andado en este valle de lágrimas. Tú conoces mis andanzas, mis correteos de arriba para abajo en esta ciudad de Dios. Por tu amor he naufragado, me han desterrado. Por tu amor he puesto en entredicho mi hombría porque siempre me han dicho que el hombre no llora, pero por ti he llorado un

charco, un Silala, un mar cautivo. Y todo para qué, para nada, como siempre y desde siempre, para nada, para absolutamente nada, nada, nada. Punto final.

Si te acordaras de dónde te he sacado, Blanca, si acaso un poquito de agradecimiento tuvieras conmigo. Es cierto, no somos de aquí, pero aquí nos hemos hecho tú y yo, de a poquito, lo que somos. Hemos correteado las calles de barro, de tierra, empedradas, con adoquines y con asfalto. Hemos visto casas de cartón y de nylon, de adobe, de ladrillo y cemento, de vidrios oscuros y claros. Hemos deambulado todas las plazas, la Murillo, la Isabel la Católica, la del Estudiante, la de los Héroes, el Cóndor; pero las que más me gustaban eran la Bolivia, la del Periodista, la Villarroel, la Ballivián, la de la Zona Franca, porque no había luces y nos podíamos besar a nuestro regalado gusto. ¿Qué no hemos caminado, Blanquita? la Comercio, el Prado, la Murillo, la Paraguay, la Costa Rica; la Estados Unidos que no te gustaba; la Cuba donde éramos menos nosotros, la Chile donde siempre peleábamos y, luego, gracias a Dios le cambiaron de nombre. La Jamaica, la Loza, la Baptista, la Entre Ríos.

Hemos comido plato paceño, chairo, milanesas de pollo y carne, charquekán, papas a la huancaína, saice, mariscos, ceviche, ají de fideo, tripitas, lechón, ispi, pejerrey, p'eske de quinua con queso rallado, sábaló en todos los mayamicitos, agachaditos hombro a hombro; hemos ido al mercado Lanza, al Camacho, al Rodríguez, al Negro, al Alto —en jueves y domingo— al de Achumani, al de Cota Cota, al Tambo de la Max Paredes, al Calama, a Villa Fátima y al de Chuquiaguillo. En toditos nos hemos alimentado a más no poder, de todos hemos salido hinchados. ¿Qué no hemos tomado, Blanquita? Fresco de mocochoinchi, cerveza paceña fría, como el cuerpo te lo pide, de manzana, de piña, de coco, de frutilla, de linaza, Coca Cola, de cebada, Fanta mandarina, Oriental, Mendocina, y una lista de nunca acabar, porque cuando estabas conmigo, Blanca Coaquira, todo estaba dispuesto en la ciudad, colocadito para nosotros, para que vivamos con todo afán.

Una vez conocida de todo, una vez que le habíamos puesto nombre a

todo, me has abandonado y lo has hecho muy bien. Dices que quieres darme un poco de respiración, que quieres pensar en lo que vas a hacer de tu vida, te has puesto tan distante y yo te he endiosado, te he alabado, te he adorado. Mi reina te he dicho, mi reina, te he suplicado, y vos qué me has contestado: “Mi reino no es de este mundo”, me has dicho riéndote tu risotada, con todos tus dientes blancos y con toda tu rabia. Tenías razón, éste no es tu reino, vidita. Y yo me he caído y he pisado todos los lodos de esta ciudad. He visto bien fea la Pérez con todos sus choros, la Tumusla está de no aguantar con sus mañaneras, pero peor es con la ropa usada en todo el centro, la Periférica está sin luz y el aire hiede en La Paz; los asfaltos están colocaditos por encima, y no se dan cuenta que los ríos interiores a veces se reniegan; pese a todo, nos han puesto también floritas para que nos alegremos. Quizás un poquito más de soportar es la Zona Sur, pero allí nunca perteneceremos ni tú ni yo porque los fufurufus te mezquinan hasta sus mocos; no saben quién deambula sus aceras, no te miran, te ignoran, no eres nadie allá abajo.

He ido por todos los locales para olvidarte. La música va a hacerme olvidar de ti, me he dicho. Peor me ha condenado. He ido por el Camel, el Espagueti, la Cilindra, el Faraón, el Ojo de agua, el Paladium, Love City, Acuarelas, Loro 2, Hotel Europa, Sucre, Sin fronteras, el Taypi, ¡Ay, qué no he pisado por ti! Qué no he cantado por ti. Qué no he sido por ti, Blanquita. Con los Brothers he estado hasta el amanecer: “eres una estrella que está muy alta, qué le voy a hacer, si muy dentro de mí, el corazón, el corazón es el que manda.” Y a lo que han dicho los Broncos yo le he aumentado: “En mi cerveza hay lágrimas, sal y limón, y hay un tonto que abrazado a una botella, le pide a Dios para que vuelva ella y resulta que ese tonto soy yo”. Ese cojudo soy yo. Ése con nombre y apellido, Joaquino Guarda. Pero después de todo lo que he atravesado por la música, me quedo con la morenada, porque ahí soy, aquí estoy, dando vueltas mi matraca: “No sé qué pasó con nuestro querer, un cielo de amor que se te olvidó, sé feliz con otro porque conmigo ya no hay remedio, mañana, pasado encontrarás otro amor eterno”.

Hasta aquí te aguanto Blanca Coaquira. Desde aquí en adelante me voy a dedicar a la política, a conseguir un puesto en el Estado. Así he pensado, así lo he realizado. He cosido banderas de miles de colores para ver si alguna le hace a mi talla y figura. He ido detrás del Goni, detrás del Jaime, detrás del Juan; un poco me ha hablado el Filipo, hasta que al Evo le he conocido, pero al igual que yo, llok'alla nomás había sido. Si con vos, Blanca, pudiéramos hacer uno, ya no sería igual al Evo. Y podría ser más que él. ¡Podríamos hacer más que él! Pero después de las elecciones ya nada ha pasado, toditos me han ninguneado. Entonces, otra vez me has vuelto a la cabeza. De Vicente he hecho muchas veces, porque vicentea que vicentea tu cuarto he estado como un mes. Nada. No has salido ni entrado, hasta me he pensado que la tierra te ha tragado. No he sabido qué hacer, desesperado, ahorcado, ahogado y nuevamente me he recordado del valor de los músicos del Titanic, y he pensado en mi morenada, que mientras tenga vida y salud, seguiré bailando la morenada... y jalándome mis cabellos he hecho que mi blader se haga más notorio porque quería sacar hasta lo último y pequeñito que has tocado, ¿qué más podría hacer Blanca, sino cortarme las venas, flagelarme, prostituirme?

En mi amargura, sin bocado en la boca, a todos los santos he ido para que me hagan volver contigo, al San Antonio, al San Martín de Porres, al Judas Tadeo, al San Francisco de Sales, al San Francisco de Asís, de asás, al Tata Santiago, a San Bartolomé, al Divino Niño, para rogarles que me dejen volver a ver tu cara. Donde todas las vírgenes en sus prestes he estado, en Remedios, en Copacabana, en la Merced, en Urkupiña, en la de los Milagros, en la del Rosario, en la de Fátima, en la de Luján; toditas se han hecho las locas. De rodillas he entrado a María Auxiliadora en el Prado, he ido corriendo donde la virgencita, “coloque moneda” estaba anotado en una caja, he puesto un boliviano y se me han encendido seis velas, ¿cuánto tengo que pagar para llegar a María? Me he llorado como nunca jamás. Entonces, otros rumbos ha tomado mi vida. He decidido volver a la mina desde donde los dos hemos salido esa mañana de octubre. Ahí me he acordado de todo lo que hemos sido felices sin civilizarnos.

Hasta aquí dura mi procesión. ¡Blanquitaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!
Cusilimay, tu forma de vida me ha llevado a regresarme a estas calles estrechas de Llallagua y Catavi por los que un día transitamos. Recuerdo que entré por entrar a los cines, caminé por caminar las plazas, amé por amar (así nomás) a una mujercita que se llamaba Blanca Coaquira, que eras tú y que te conocí en la iglesia. Te observé desde que entré y no te quité la vista en todo lo que recorrió la misa. No podría decir qué dijo el padre. No recuerdo nada, nada de eso. Todo mi pensamiento estaba en ti que te sentabas a mi derecha, un asiento detrás. Eras delgada, un poco alta, tenías los cabellos lacios de color negro. Estabas sola, practicabas el ritual sola, rezabas, te hincabas; todo lo hacías tú. Al terminar la ceremonia, me di la vuelta y estabas arrodillada rezando, te eché una mirada, supongo que esa que es verdaderamente mía, y al salir estabas ya conmigo para no despegarte por treinta y dos meses, veinticinco días y tres horas.

¿Qué no compartí contigo? Los andariveles, la pirita, la pulpería, la riel, a todos los mineros, la coca y el alcohol, las palliris con sus huahuas moqueando; todas las películas, toda la música, todos los locales de baile, la comida, los helados de peso de la plaza y su zonzódromo, los hospitales; el Turco, los socavones, la virgen y el tío, tus poemas, tus formas de decir que me querías; las flores silvestres que recogíamos; mi vergüenza, mi pantalón azul con mi polera amarilla, mi condición de viajero a la ciudad que a veces te cohibía; mi forma de ser, llok'alla, walaycho, cholo, joven, caballero.

Te despertaba con la música de mi quena y nos íbamos a Caquiaviri a pasar el día, bajábamos y subíamos los cerros, pasábamos el puente colgante y tú, desgraciada, saltabas en medio y yo me abrazaba a las maderas para no caer dos o tres metros a esos ríos de sangre que emanaban de las entrañas de la mina. Contigo vi por primera vez una ardilla y una tarántula que estaba metida en el ojo de un árbol viejo. Contigo comí fruta fresca. A ti me abracé cuando nos dejó el último colectivo que regresaba a Catavi y tuvimos que soportar el viento que nos arrastraba por la planicie.

Allí vi a mujeres y hombres que salían y regresaban de sus casas, casi siempre con la misma sonrisa, con la misma pena; siempre igual como si el tiempo se estuviera en nosotros. En la noche me llevabas a darme besos en la oscuridad. Debo admitir que en esas épocas yo no sabía besar bien, pero tampoco tú me enseñaste cómo hacerlo; era cuestión de un aprendizaje horizontal, yo un poquito, tú, quizás, también, otro poquito, y así... inocentes para el amor, inocentes para el placer, inocentes para la vida.

Allí recuerdo a esa tía tuya que en cuanto me veía, sacaba la escoba para barrerme como basura, para negarme todo ingreso a tu vida. Ahí te conocí. ¿Recuerdas la panadería donde batíamos los huevos con cinturones para hacer los bizcochuelos de Todosantos, donde hacíamos las escaleras para llegar al cielo, al burro para que nos llevara por las nubes, la corona morada y negra sobre las tumbas?

Las noches en la mina son distintas porque parece que el cielo está más cerca, y contigo contamos siempre las estrellas. Habían estrellas descieladas, apenas perceptibles y a éstas queríamos más por estar ocultas, por ser las más débiles, por ser ninguneadas, por estar nomás. Allí cantamos una canción que no recuerdo de quién es y que decía “El amor de mi vida has sido tú, el amor de mi vida sigues siendo tú por lo que más quieras no te apartes de mí, por lo que más quieras no me dejes así...” y nos dejamos un día que tomamos la flota juntos y nos fuimos a La Paz.

Ahora que regreso ya no estás. No hay el olor al pan. No se oyen las sirenas de cambio de turno. Ya no existen los gritos de los niños, ni el correr de los andariveles, ya no hay quién dé a luz. Ya no están los techos de las casas ni los marcos de las ventanas ni las puertas; sólo quedan las paredes de barro que me recuerdan que alguna vez yo dormí abrigado. Supongo que contigo se me fue la tierra, el aire, el infierno, el mundo, el amor. Ahora sólo hay ruinas.

Joaquino

Trueno peinado

Elizabeth Scott Blacud

Llegué a la ciudad con las obras completas de Borges en una mano y un periódico en la otra, abrigando el sueño de crear una obra inmortal; pero presentía que no era dueño de mi destino y sabía que la vida difícilmente iguala los sueños. De cualquier forma, no me puedo quejar.

Como sólo sirvo para leer y escribir, acabé trabajando de periodista, oficio al que me volqué con la pasión del que comienza a vivir en serio. Pronto me sedujo la ciudad extraordinaria y gris. Incansable, escudriñé en el laberinto de sus desmayos, en la lógica de su sinrazón, y en la trama de sus poderes.

El espacio del periódico me agradaba. Un amplio piso dividido en cubículos, y al mío —qué triunfo— le llegaba un triángulo de sol. No necesitaba más. Los asuntos sociales me tenían sin cuidado, aunque claro, resultaba imposible no enterarse de las actividades de los colegas. *Esta noche farra donde la Chicharrona Gómez. / Salida de emergencia, en diez minutos la nueva camada de medicina juega contra las de la Normal. / ¿Amor al deporte? / No*

hermanito, sólo ganas de verlas en shores... Luego me enteraba que Pérez rompió con la esposa, que lo encontró infragante con la Betty, que había plantado al jefe, y así...

Los compañeros me llamaban el *Forastero*, el *Serrote*, y me respetaban. A mí, sus líos me parecían lógica consecuencia del desgaste mental que la mayor parte de la gente no puede soportar sin compensaciones. Huelga decir que yo nunca estuve entre las mayorías.

De entrada me cayó bien uno que ejercía de armador y redactor; tipo reservado, de peinado pulcro y apariencia baladí. Acabamos viendo películas los fines de semana y cuando el encargado de deportes nos regalaba entradas, asistíamos a los clásicos. También simpatizaba con la señora del café que me enseñó a cocinar *omelettes*. Creo que le complacía que me fijara en su sobrina, la de caderas acampanadas. Y, es verdad que en una racha de soledad casi me declaro a la muchacha, pero frené a tiempo. No deseaba líos. Es más, estaba decidido a evitar cualquier relación sentimental. Un periodista de ley, como el que me proponía ser, no podía permitirse ese tipo de debilidades. Tampoco me aficioné a los estimulantes. Con tres tazas diarias de café con leche estaba servido. Eso sí, me hice de una amante: Magda, la editora de mi sección; práctica y sensual, era tan discreta y ambiciosa como yo, perfecta para esos menesteres.

Empecé por donde se empieza: bautizos, necrológicos y chismes. Cuando ascendí a redactor las cosas mejoraron; mas pasado el primer entusiasmo, me percaté de las incongruencias. Para llenar mis tres páginas, además de baratijas bastaba o, mejor dicho, me obligaban a recurrir a boletines prefabricados, a concurrir a conferencias de prensa en las que todos parecían seguir un armonioso guión y desentonaba quien hacía cuestiones.

Si pones esa frase así nomás, no pasa nada, me aleccionaban. *Cortala de acá, mezclala con el comunicado de la presidencia y lo que se mandó el ministro. Luego haces un par de entrevistas*

picantosas —te avisamos a quiénes— añades puntos suspensivos al titular y listo el pollo: una nota macanuda. Indignante, amén de cocinero, también debía profesar de adivino, pues ni bien escribía sobre un comunicado de gobierno, salía una declaración contraria y no había modo de saber qué era lo que en verdad querían comunicar. No obstante, mis superiores exigían una definición.

El colmo fue cuando pretendí enmendar el error de un noticiero y el jefe de redacción me contestó algo como que a esas alturas era difícil volver sobre la toma de tierras y que el asunto perdía sentido en medio del Carnaval. *Tú sabes, en tiempo seco no hay que hablar humedades (ni viceversa), mejor no distraer a la población. Además, la del canal Doce, con lo rica y emotiva que salió en la inundación, anda de diva. No estaría bueno contradecirla...* En cambio festejaba titulares alarmistas: *Las diferencias regionales son irreconciliables. El gobierno se desmorona. Adiós apoyo internacional, adiós...* y noticias que daban aire a los problemas, que como globos baratos ora se inflaban, ora se desinflaban, pinchaban o perdían en el horizonte sin dejar rastro... Pura patraña.

A fuerza de incomodar, me bajaron de rango y casi me despiden; pero yo contaba con el favor del director de opinión, Emiliano Paredes quien, en secreto, me encomendaba trabajos de investigación. Así que, mejor, me movilizaron por casi todas las secciones. Me apasionaba la política, pero cultura me entretenía y permitía desplegar valiosas armas... Al parecer, nadie me hacía caso, mas yo igual me dedicaba horas a comentar obras de poca valía; horas que sustraía a mi propia creación, que en algún momento habría de surgir. Mi consuelo era pensar: *hoy trabajo para que mañana se me entienda.*

En honor a la verdad, debo contar que me convertí en asesor político de dos ministros y de un ex presidente. Fui el cerebro intelectual de una publicación vulgar pero necesaria a los fines de Magda, mi amiga que —lo supe antes de que me lo confesara— trabajaba para el gobierno. Cierto, me había hecho parte del

aborrecible sistema, pero ese era el precio que debía pagar para poner en marcha mi plan.

Justo a tiempo, cuando comenzaba a desesperar, me premiaron por un reportaje sobre la hoja de coca. Había seguido de cerca a un programador que trabajó durante días, ingiriendo nada más que agua, coca y lejía, con resultados asombrosos. Bien dosificada, la coca, además de alimentar, promovía un alto y constante rendimiento. No dañaba ningún órgano y sus efectos colaterales eran desestimables. Mi trabajo se comentó por meses, pero lo importante era el dinero. Me permitiría arrancar con mi proyecto.

Este es momento de hablar de Pascual Chopitea; treintañero retacón, cachetes colorados, mi único hombre de confianza. Pascual mira con la mansedumbre de un burro y el susto de un pescado. Al principio, cuando veíamos películas y ocupaba el cargo de armador, ni siquiera hacíamos comentarios. No sospechaba entonces cuánto sabía aquel hombrecito de cine y literatura. Después, nos faltaban horas para conversar. Pascual admiraba a Borges y se la pasaba inventando imbricadas historias de identidades que se reproducían al infinito. *Usted relata todo lo que no se atreve a ser; ¿por qué no escribe, hombre? Si es que acaso abrigara ambiciones* —me respondía solemne— *tendrían que ver con el periodismo del país*. Pero en verdad creaba tramas curiosas, como esa que contaba a medias, la de un enigmático caballero que triunfaba en el extranjero.

Después de armador, Pascual ocupó diversos cargos, desde diagramador hasta redactor. Pero entre su pasividad y timidez extrema, no ascendió más. Eso sí, le llovían los encargos y escribía sin tregua. Las más de las veces con un escuálido pseudónimo que rendía homenaje a su escritor predilecto: B.L.J. *Compadre* —lo exhortaba yo— *¿por qué se deja estar? ¡Usted merece un ascenso! Lo sé* —contestaba— *pero la gente da lata y el medio apesta*. O simplemente decía: *el asunto no me divierte, por ende*

me da flojera.

Era la oportunidad. Ambos estábamos hartos de patrañas, hambrientos de verdad y, por qué no decirlo, también de diversión. Sin más, lo invité a formar parte del semanario que empezaría a dirigir: *Trueno Peinado*. A Pascual le entusiasmó el nombre —una ocurrencia borgiana— y pronto tuvimos todo para comenzar.

En el primer número, salvo cinco notas de colaboradores, dividimos el *pastel* entre los dos. Publicamos exactamente lo que se nos vino en gana. Nos habíamos contenido durante tanto tiempo... demasiadas cosas.

El número primero de *Trueno Peinado* hizo honor a una parte de su nombre y cayó como un rayo que más bien despeinó la impunidad de los truhanes que no daban crédito a lo que leían y se comían los sesos tratando de adivinar de dónde habíamos obtenido los detalles escabrosos y ciertos que hicimos de dominio público. Tres de los cuatro burócratas que asesoraba, me despidieron. Para mí eso equivalía a un triunfo. No los necesitaba. Para aliados me bastaba con Magda, a la que seguía frecuentando aún después de casarse con el dueño de un banco, y con Emiliano, el ex director de opinión que actualmente lideraba los partidos de oposición. El resto, aunque hirviera de rabia, no podía hacer nada. Nuestras publicaciones se ceñían a la verdad y arremeter en contra mía era imposible. Estaba limpio. Es más, salvo Pascual, nadie poseía información de mi pasado y presente. Por el contrario, era yo quien atesoraba datos del quehacer licencioso de más de una veintena de cabezas de la sociedad. Teníamos material para rato y, a fuego lento, los chicharos cuecen mejor.

Compartiendo con Pascual, aprendí el significado de la amistad. Hablábamos mucho y me confesó cuánto sufría por su timidez. *Mi escape* —me explicaba— *es imaginar y jugar a ser otro*. Supe también que las piernas y el aplomo de Magda lo habían cautivado como a mí, aunque nunca se había animado a confesarlo.

Hermano, sólo gracias a ti me atrevo a tanto, me decía. Y cuando brindábamos con sendas tazas de café con leche, me venía a la cabeza la famosa frase de ese otro personaje: *los perros ladran Sancho, señal de que cabalgamos*.

En el siguiente número, transcribiendo íntegramente las entreveradas declaraciones de un oficial, desacreditamos las tendenciosas ediciones de los otros medios. Cuestionamos la disimulada apropiación de áreas reservadas en el oriente. Revisamos los boletines que diligentes comunicadores nos hicieron llegar y, salvo un par inofensivo, modificamos el resto.

Extraordinario. Cuatro radiodifusoras y dos canales nos solicitaron entrevistas. No fuimos. Todos comentaban nuestra novedosa forma de hacer periodismo y una encuesta arrojó opiniones exultantes como la siguiente: *Esa es pues la manera de informar y opinar en serio pues, carajo; no lo que han estado haciendo estos periodicuchos de quinta*. La situación rebasaba toda expectativa. En el programa popular de los sábados nos bautizaron “los kalimanes de la prensa” y nuestro teléfono no paraba de sonar con peticiones. Nos convocaban hasta para pequeñeces como la penalización de posición adelantada de un árbitro odiador. También llamó Emiliano para ofrecerme un puesto con uno de la oposición. *Gracias jefe —contesté— pero yo no claudico. Si sirvo a la política, no sirvo a la verdad*.

Seguimos camino, sin desvíos ni pocos obstáculos. Un exportador de muebles trató de involucrarme en un delito, pero fácilmente desmonté sus calumnias. Esa no fue ni la primera ni la última afrenta. La había de toda laya. Un mal remedo de escritor de cuentos eróticos, molesto por mis comentarios, escribió en *La Nítida Nota* —el único periódico rival que nos merecía algo de respeto— que yo no era nada más que un *criticón* y que, aparentemente, no me interesaba el medio pues no se me veía ni en exposiciones ni en presentaciones. *¿Cómo alguien que no consume ni hace arte se atreve a juzgar a los que sí la hacemos?*, reclamaba. Recordé

entonces que diatribas similares recayeron sobre el célebre Eco y que acabó respondiendo con una espléndida novela. Pero yo no tenía apuro. Si bien me angustiaba que se dudara de mi talento artístico, sabía que mi tiempo llegaría.

Por entonces, el periódico y sus conquistas constituían toda mi vida. Con escozores de placer, Pascual y yo vimos engrosar la fila de nuestros enemigos. *Este es un síntoma estupendo*, le decía. Personalidades poderosas se rebajaban a suplicarnos para que menguáramos en nuestras imputaciones. Esposas perfumadas nos pedían una nota parcializada a cambio de billetes y favores que no aceptábamos. Un vértigo triunfal flotaba entre los vapores del café con leche. Fue una época dorada pero, como todas, llegó a su fin.

De inicio no fue evidente pero, poco a poco, cada una de las publicaciones, cada noticiero nos robaba algo. Reprodujeron o, mejor dicho, intentaron reproducir el estilo de nuestras crónicas, copiaron nuestros temas, calcaron hasta los colores de nuestro diseño; por supuesto, con resultados patéticos. Al encender el televisor, me topaba con un locutor que apuntaba con un dedo, como si en frente suyo se hallasen los cómplices del último atentado. Era increíble, pero el lenguaje de los locutores de radio se hizo no elegante pero sí rebuscado y, en los programas culturales, las exposiciones se tornaron lentas porque en vivo, los conductores procedían a buscar referencias en diccionarios y libros de arte que hasta entonces jamás habían consultado.

Es horroroso, se alarmó Pascual: *¡Ahora parece que estamos entre las mayorías!* Me sentí morir. No pegué ojo en toda la noche y, al día siguiente, me levanté decidido a revolucionar el semanario.

Pascual me había enseñado la advertencia publicada en *La Nítida Nota*: *Es de esperar que la fiesta aniversario del partido Fundamos no se desarrolle como en años anteriores. Recordemos que el pasado año perturbaron al vecindario durante horas nocturnas,*

con música y estridencias, producto de los excesos del alcohol. Asimismo, sería deseable que en esta ocasión, al día siguiente de la juerga, los funcionarios acudan a sus puestos de trabajo sin incurrir en el tradicional ausentismo.

La verdad, no era ni mi estilo ni mis palabras, pero sí mi idea y con esa, ya eran tres las notas que se nos adelantaban. Si algo repruebo en esta vida es la copia. Si de algo abomino es de sentirme parte del rebaño. Encolerizado, me senté a escribir un artículo que —seguro— a nadie más se le podía ocurrir. Salió a tres columnas, letras gruesas y en páginas centrales.

— ¿De qué se trata? me interrogó Pascual, desconcertado.

— ¿No fue así como pasó?

— ¿Cómo puedes saberlo si no fuiste a la fiesta?

— Cierto, pero es tan bueno que así debió de suceder. Pascual frunció el ceño sin comprender y como yo no me explicaba, se marchó ofendido.

Por un instante me sentí culpable, pero al releer el artículo e imaginar la carrera de bicicletas, la cueca de las señoras, el rompimiento de la piñata, la repartija de ropa a los pobres, el juramento ético y cada actividad sana y familiar que, según escribí, había sucedido en el aniversario del partido, sentí dicha. No había riesgo de una nota similar: fabular... Fabular era la clave. Por lo demás, lo publicado no tuvo mayores consecuencias, salvo declaraciones amables de los de Fundamos.

Discutir con Pascual era inútil. El debía darse cuenta solo —para eso era un tipo inteligente— de que había que desterrar la cobardía. Fueron días difíciles. Entre nosotros se libró una guerra silenciosa. Mientras yo innovaba, él seguía empeñado en los métodos tradicionales y siempre que podía, borraba párrafos o rehacía íntegras mis notas. Lo propio hacía yo con las suyas. Casi no dormí por cinco días, me ayudé con la coca. Chopitea, en cambio, al final de cada jornada terminaba devastado, roncando

sobre tazas derramadas de café con leche. A las cinco de la mañana de un sábado nublado, fui yo quien puso a funcionar la imprenta y mi versión del periódico salió a las calles.

Nuestros compradores leyeron que en la última sesión de la Asamblea, las partes se habían demostrado respetuosas, que el moderador condujo las negociaciones sin sobresaltos y que casi por unanimidad se aprobaron los procedimientos de votación. No hubo reacción hasta el cuarto día.

El *Clamor* respondió que, conociendo la intransigencia de los asambleístas y los problemas internos, era imposible creer tal cosa; que nuestros redactores deliraban y que debíamos dejar de mentir a la población. La *Nítida Nota* se mantuvo al margen, pero dos órganos más se pronunciaron en contra nuestra. Entre tanto, los asambleístas no abrían la boca y los partidos, tanto del oficialismo como opositores, eran víctimas de una sarta de improperios, pues los otros medios no hacían otra cosa que recalcar su tradicional intolerancia, su deslealtad para con las mayorías, los intereses personales que primaban; todo con tal de demostrar que estábamos errados. Emiliano me llamó afligido:

— Pero, ¿qué pretendes hermano? ¿Acaso te volviste loco?

— ¿Qué te puedo decir Emiliano? contesté sereno. Si lo que dije no es cierto, ustedes ahora tienen más problemas.

En ascuas esperé el desenlace, soportando la muda crítica de Pascual. Primero se pronunciaron los del oficialismo: Que sí, que la reunión había dado sus frutos y que accedieron a un par de solicitudes por el bien del país.

Rueda de prensa: convocaron a las dos partes. Los de la oposición, algo confundidos y sin demasiada convicción, ratificaron su acuerdo comentando que a pesar de las desavenencias, la Asamblea salía a flote.

Pascual lagrimeaba de emoción al escuchar las noticias del canal

Catorce. Los presentadores comentaban con satisfacción el desenlace y con enojo la desinformación provocada por medios irresponsables. *Deben tomarse cartas en el asunto, no es posible que periódicos y radios manipulen de este modo a la población. La situación de la comunicación en el país es vergonzosa.* La honrosa excepción, claro, la hacíamos nosotros. Nos llovieron elogios.

A partir de entonces, los periodistas y locutores se condujeron con prudencia. Entre tanto, Pascual y yo calculábamos matemáticamente las dosis de realidad y ficción que requeríamos. La consigna era partir de la realidad y no rebasar lo verosímil. Debíamos *peinar* con cuidado nuestra fantasía —implacable y premonitoria como un *trueno*. Es cierto, habíamos dejado de servir a la verdad —de común tan severa y amarga— y nos habíamos convertido en súbditos de lo que comenzamos a llamar lo bueno-verosímil. A modo de inspiración, Pascual y yo consagramos horas a la lectura de cuentos fantásticos y de hadas.

Escribimos que los gastos del trasplante de corazón de la pequeña Subirana corrían por parte de una clínica privada; que los transportistas recapacitaban y suspendían el paro después de dialogar serenamente con los peatones; que los colegios privados donaban parte de sus ingresos a la educación pública; que el transporte aéreo y la telefonía se abarataban; que el estado aprobaba parcialmente la piratería a cambio de impuestos a favor de los artistas...

Difícil de creer y, sin embargo, de alguna manera se producía lo que escribíamos.

El procedimiento era simple: *madrugábamos* con una buena nueva y, casi siempre, horas más tarde uno de los medios nos contradecía, y a su vez era desmentido por los propios involucrados en la noticia. Constatamos que en los más de los casos, la gente prefería acatar nuestros inventos antes que soportar las diatribas en las que fatalmente se ensañaban los comunicadores y la opinión pública, basados en nuestros reportes.

Cuando alguien osó comentar que la disminución de fotografías de nuestro periódico —para entonces transformado en diario— era sospechosa, las quitamos todas. Pascual se empeñó por un tiempo en los dibujos y aunque era buen diseñador, al final admitió sus limitaciones en la plástica, así que contratamos a un discreto estudiante de Artes para que representara nuestras historias. Incluso —como jamás antes— accedí a publicar un retrato mío, al carbón.

Nuevamente fuimos blanco de acusaciones, pero no retrocedimos un milímetro. Dedicué una de las editoriales a comentar la necesidad de que el arte se hiciese parte de la cotidianidad. Exalté el valor documental y simbólico de los dibujos. Consecuencia: las plásticas se pusieron de moda. Los medios se disputaban artistas de acuarela y carboncillo.

Un buen día, un juez de Partido en lo Penal vino a buscarnos y, torpemente, nos interrogó sobre el modo en que debía proceder en un juicio que presidiría: *Prefiero saberlo de antemano. Así luego no tengo que mentir ni dar examen.* Le contestamos que no éramos jueces ni consejeros de nadie, pero el hombre insistió tanto y tornóse tan razonable en su pedido, que estudiamos su caso.

El juez había recibido amenazas; la situación era complicada. Con paciencia dilucidamos las opciones, buscando lo mejor para todos. *Es verdad que si confiesa lo del soborno, perderá una buena chance de postulación para el año que viene; pero la otra alternativa directamente lo anula como figura pública...* El juicio se postergó un día porque al magistrado, de los nervios, le atacó una fuerte gripe. Luego, actuó de acuerdo a lo convenido y todo salió a pedir de boca. Quedó sumamente agradecido. Valga decir que en nuestros dibujos lo presentamos más delgado y, en sus declaraciones, más hábil con las palabras de lo que en realidad era.

Es posible que el juez corriera la voz. Lo cierto es que empezamos a recibir visitas y tuvimos que mudarnos a instalaciones más amplias y seguras. Contratamos una secretaria para que se encargara de la agenda y acomodara discretamente a los visitantes, evitando incómodos encuentros.

Hubo quienes pidieron que les tomásemos fotos por anticipado para garantizar credibilidad entre los lectores o para obtener un buen ángulo de sus rostros. Destinamos las fotografías a casos especiales y, en general, continuamos fieles al dibujo, sólo que ahora teníamos además de artistas plásticos, maquilladores para las personalidades exigentes, actores de teatro, utileros y extras capaces de montar escenografías y escenas que, de acuerdo a la circunstancia, requeríamos. De un periódico, pasé a dirigir una lucrativa industria. Nuestro tiraje rompió record y empezaron los encargos del exterior.

Si dijese que nuestros métodos forjaron un mundo mejor, expresaría una verdad a medias. Ciertamente, disipamos algunas rencillas, contribuimos a causas nobles y el optimismo se expandió por la población, incidiendo positivamente en otros aspectos de la sociedad. Sin embargo, las decisiones de los poderes públicos se tornaron simplonas y halagüeñas, óptimas a corto plazo, alocadas en el largo. Se desechaba con facilidad las advertencias de analistas serios y estrategias; se asignaba un valor desmedido a aquellos fallos espontáneos que contentaban a todos...

Meditaba esto mismo una fría madrugada de diciembre cuando, súbitamente, un fardo de periódicos me cayó en la cabeza, dejándome atontado. El vendedor se disculpó en nombre del repartidor: *éste se hace al capo, pero en verdad no tiene puntería. Nunca le achunta.* Cuando levantó los periódicos del piso, me di cuenta de que se trataba de la nueva entrega de *La Nítida Nota*. Aunque me tiene sin cuidado la competencia, no pude sustraerme a la curiosidad y compré uno de sus vistosos y coloridos ejemplares. Distinguí algunas fotos, pero la mayor parte de sus optimistas

artículos venían acompañados de acuarelas.

Ni qué hacer, pensaba yo mientras hojeaba el diario rival: quizás fuese hora de aceptar imitaciones. Y como todo es cuestión de comenzar, fui adquiriendo un número de cada publicación que encontraba al paso. Me empaché de titulares acaramelados, mensajes de paz y finales esperanzadores... latosamente inverosímiles. Puras patrañas inmorales que me provocaban, cuando no bronca, accesos de risa. ¡Ni siquiera mentían bien!

Volví sobre *La Nítida Nota* —entre tantos males, el menor— y recién en una segunda lectura di con el aviso, ese que con aire ingenuo aguardaba por mí. El acto se realizaría el viernes en la Casa del Arquitecto, con discursos y vino de rigor. De golpe comprendí las terribles consecuencias de aquel anuncio y no pude menos que admirar la estratagema que los de *La Nítida Nota* habían tejido contra mí. Mi primer impulso fue romper el periódico, pero me contuve. En cambio, me dirigí despacio hacia la oficina. Me senté frente al computador largo rato, sin atinar a nada. Después comencé a escribir.

Ya van diez páginas... ya van veinticinco. Cuando me leo, sin embargo, me doy cuenta de que en verdad no digo nada. Ni los artificios de la prosa, ni una analogía decantada en cuatro versos, ni dos metáforas entrelazadas en un oxímoron resultan suficientes. Ningún tecnicismo me salva ahora de esta huera identidad que me condena. Se me hace imposible escapar de esta incapacidad —tantas veces presentida— de proyectarme más allá del periódico.

Dejo pasar dos días y sesenta páginas de nada, como en un sueño. Pascual ha venido a sentarse a mi lado y me regala, silencioso, su compañía. No tengo necesidad de explicarle. Me comprende tanto como a sí mismo. Indudablemente leyó también la tramposa noticia de que voy a presentar una obra literaria el próximo viernes. Seguramente adivina mi aficción y a juzgar por sus ojos —más

elusivos y fríos que nunca— sabe que lo intento y me condena. La tal obra jamás podrá ser creada.

Quizás por eso, mientras sigo empeñado en mi escritura, Pascual me ignora y se dedica a liquidar nuestras cosas. Ya ha vendido las imprentas y todas las computadoras, a excepción de su *laptop* y de la máquina en la que se niega a verme padecer. Humillado, veo como despide a la secretaria y a los dibujantes. No puedo más que dejarlo hacer. Los muebles se los compra Emiliano. Los teatreros prometen volver mañana por la indemnización.

Cuando cierra la puerta para entregar las llaves de las instalaciones y avisar que dejó una de las computadoras en forma de pago —tal como había convenido— ya no queda nada de nosotros adentro.

Al día siguiente, luego de pagar por un aviso y decir adiós a Magda, Pascual viaja al extranjero. Lleva en los bolsillos una suma importante. En una mano, las obras completas de Borges, en la otra: el último ejemplar del periódico.

La nítida Nota -Sección A - 13 de Octubre de 2006

El periódico *Trueno Peinado* lamenta informar a la comunidad el sensible fallecimiento de su director B. L. J. acaecido de súbito hoy viernes a las 21:00 horas. Sus restos, incinerados en una ceremonia privada, serán devueltos a su tierra natal.

Asimismo y agradeciendo su solidaridad y comprensión, comunicamos el público en general el cierre de este prestigioso órgano de prensa, en razón de la pérdida irreparable.

Entre horas

Luis Alberto Portugal Durán

Tres de la madrugada.

El olor del pan recién horneado me despierta. A mi lado la Betty me susurra: *El Lucho se ha ido. Dijo que iba a venir en las fiestas de San Juan a quemar las penas y quedarse conmigo para siempre. No ha vuelto. Me llamó las primeras semanas, diciendo que iba a arreglar sus papeles en España, que estaba trabajando de pintor, de cuida perros, de limpiarle el culo a un viejo y, finalmente, de puto. Creo que me ha mandado por un tubo.* La miro de reajo, me tiro un pedo, bostezo y me estiro un poco. Tengo hambre y, en mis bolsillos, ni un quinto.

Cuatro de la madrugada.

La Inés está con el Ñeque. Bombean como locos, están tan camotes que se queman cada vez que se encuentran y se miran a los ojos. Los cartones no pueden cubrir sus cuerpos k' alas. Un borracho mea en la puerta de una casa, bebe de una lata, la tira, la levanto, el sabor de la última gota me refresca la garganta. Cae un aguacero de mierda.

Cinco de la madrugada.

El frío no hay quien lo aguante. El Ñeque se ha ido diciendo que su mamá lo iba a pegar con cordón de plancha. La Inés se ha encontrado un puchito y lo fuma nerviosa. Este maricón, dice, me tira y se hace pepa. Ja, “*su mamá*”. Su mamá, las vainas, si yo sé que se ha muerto hace años. Éste tiene otra, seguro. ¿Me invitas?, le digo. Me encojo de hombros, qué más puedo hacer, es su vida, no la mía. Yo tengo mis propios pedos. Chupa una larga bocanada y me entrega sólo la colilla, fumo diluyendo la noche en el humo.

Seis de la mañana.

Los de *Clima* barren las calles, nos botan como perros. Somos como cuarenta: caminamos mandándolos a la mierda. Me uní a ellos hace cinco años; mis padres me han dicho que cuando quiera vuelva a casa; no creo hacerlo nunca, no para verlos sufrir por mi culpa. No me emborracho como ellos hasta la muerte, ni uso clefa, bayer o gasolina, sólo a veces para olvidar que estoy aquí, como lo más despreciable del mundo. Hace seis meses me han desfilado cuatro cabrones y me he quedado preñada, pero el Cucharillas hizo su trabajo y me lo sacó. Ahora me cuido, de una farmacia he birlado una caja de preservativos para damas, cada vez que alguien quiere siempre lo consigue.

Siete de la mañana.

Síndrome de Dawn, enfermedad cruel que iguala a los diferentes. Síndrome de Noé, persona que cuida perros, gatos, animales de todo tipo en su casa, convirtiéndola en una enorme barca que huye de un diluvio inexistente. Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida. Maligno que te mata con cualquier pretexto, sobre todo a los inconformes con su sexo. Síndrome de Diógenes, persona que acumula basura en su casa, desde una simple bolsa hasta la comida más podrida que encuentre tirada en la calle. Síndrome de Julia, la chotita, mi propio yo que ama intensamente sin reparos a su amado, al otro antes que a una misma.

A veces pienso estas huevadas, de alguna revista que leí, un periódico o algo así.

Ocho de la mañana.

Una marcha de protesta. Una vez un turista al sacar fotos de una marcha igual a ésta dijo: *Esta foto es una buena postal de La Paz*. Le robé su cámara en el Mercado de las Brujas. De mi país no se roban nada, carajo, les dije a mis cuates mientras comíamos y chupábamos la guita que saqué por la máquina. Mineros, campesinos, universitarios, desempleados, empleados, wawas, mujeres, cholitas, cholitos, cocaleros, me pongo al final de la enorme fila de gente que llega desde San Francisco hasta el Cementerio y grito con todo mi empuje: “*El pueblo unido, jamás será vencido*”. De pronto los gases lacrimógenos, los disparos, los motos, los perros, el Neptuno; todos corren despavoridos gritando contra el maldito gobierno. Me caigo, alguien me aplasta la pierna, me quedo tirada en una esquina de la calle, el humo no me deja ver nada.

Nueve de la mañana.

El Tetas despierta en la calle, baboso y lleno de caca en la ropa. Se despega de la acera, se levanta, mira a la gente, me mira, sonrío con su boca sin dientes. Arregla su gorra, camina apoyándose en las paredes y canta: *Ave de cristal*. Ha dejado tres monedas en la calle, las tomo, son de cinco lucas, una fortuna. Voy a comprarme una salteñita de pollo y una coca cola, un combo de las Pizzas Ely's. La Betty, a unos metros de mí, está en un teléfono público, me acerco. Marca el número del Lucho mientras repite, cero, cero, tres, cuatro, nueve, cero... *es tan largo que no me acuerdo de cada número, lo he marcado tantas veces que ya debería saberlo de memoria, pero siempre me equivoco... cómo era....* Disca y nadie contesta. Como siempre, hace meses que hace lo mismo. No entiendo para qué mierda la gente se va tan lejos si igual la miseria se encarga de alcanzarnos estemos donde estemos.

Diez de la mañana.

Me pongo en una fila del Registro Civil, avanzo, y cuando estoy

por llegar a la entrada, regreso y le digo al último de la fila si quiere que le venda mi fila, me paga dos lucas. Vuelvo a hacerlo. El policía me pilla y me escapo; voy a otra fila en un banco de la Mercado. Aquí las filas nunca se acaban, y si te avivas te pueden dar unos pesos.

Once de la mañana.

No hago nada.

Doce del mediodía.

Almuerzo en el Merlan. No pago, claro. Al salir robo dos colizas, una llaucha, un trocito de pierna de cordero de un plato de *thimpu* y me hago pepa. Me encuentro con el Cura en la Pérez, dice que quiere ir al cementerio, al nicho de su hermano, muerto a tiros por los milicos en Febrero Negro. Lo acompaño, le invito mi comida, menos el corderito que me hace agüita la boca. Caminamos por la Montes, subimos por la Terminal, llegamos a la Estación, birlamos a los colectivos de la Buenos Aires, nos detenemos en la Garita de Lima, robamos unos refresquitos, continuamos y llegamos al Cementerio General. Dice que tiene unos pesitos y me invita un heladito de canela con una empanada —¡qué rico está! En todo el camino me quiere conquistar, pero él sabe que mi corazoncito pertenece a otro, al Chueco; aunque todos dicen que es un maleante, yo lo quiero tal como es.

Dos de la tarde con quince minutos.

El Cura se queda rezando de rodillas en la capilla de la iglesia, es un devoto. Me aburro al esperarlo. Salgo hacia los jardines, me dirijo al fondo, donde están los nichos derrumbados; las lluvias dicen, pero la verdad es que se cayeron solitos, por el peso, por lo viejos y húmedos que estaban. Enterrado en los escombros yace el cajón de mi tío Federico, el único que me cuidaba y me regalaba dulces, pastelitos y juguetes en Navidad. Ahí aparece de nuevo el espíritu de mi abuela; es enorme, flaca, con los pelos despeinados, sin un solo diente, lleva su camisón largo y agujereado con el que la enterraron. Me saluda con un ademán de su esquelética mano.

La saludo también. Se aleja sonriendo. Creo que en el fondo no sabe qué decirme, por eso no me habla, sólo se me aparece de vez en cuando, sobre todo cuando vengo a este sitio. El Cura me agarra del hombro, me dice que ya nos vamos, le tiro al nicho derrumbado de mi tío una ramita de retama que arranqué en la entrada. Caminamos entre nichos, mausoleos y lápidas; dos albañiles al vernos nos regalan una bolsita con sobras de pollo. Corremos al ver el 110 en la puerta de entrada, debió pasar algo y siempre nos culpan a nosotros por todo. Así que huimos.

Cuatro menos cinco de la tarde.

Le doy el gusto al Cura, nos metemos en un basurero, un contenedor grandote en El Tejar y allí me toma como puede, acaba rapidito, apenas me está empezando a gustar cuando ya se sube los pantalones y sale de nuestro escondite. Me deja alborotada y pegajosa con su leche. Me limpio con unos papeles. Salgo y él ya se ha ido. No lo veo por ninguna parte. Camino sin rumbo por el mercado, mirando los aguayos tan bonitos de las cholitas; el color y olor de las frutas me eleva hasta el cielo, más que la clefa; las wawas que andan por ahí karak'ayus despiertan mi sentido maternal, como dice la Luli; ella sí sabe, es bachiller, aunque ahora se *k'olea* con su pandilla como loca. Está enamorada del Chueco, mi amado. Antes éramos amigas, cuatachas de ñeque, pero ahora nos odiamos a muerte. Me escondo detrás de un camión y hago el uno y el dos que ya no aguanto.

Seis en punto de la tarde.

Tengo hambre.

Siete de la noche.

Estoy parada en el cine Monje Campero con unas ganas de entrar a ver una peli: *Mujer Bonita*. No puedo. La gente bien, al verme me fulmina con la mirada o me empuja, limpiándose luego las manos. Oigo a los que salen de la matiné; los sigo unas cuadas hasta que toman el minibús, los escucho: que les gustó la película, porque la chica, la prostituta, llega a casarse con el chico de sus sueños,

su príncipe azul, y viven felices para siempre. De pronto lo veo al Chueco, como siempre, agarrando su botella de trago; anda con sus amigos, los Chicanos. Joden a la gente, se ríen como locos, la gente se aparta apenas verlos, dan miedo. Me voy detrás de él. No le reclamo nada, aprendí a callarme desde la última vez que me sacó la mierda por reclamarle por lo de la Luli. Llegamos a la Avenida del Poeta, a una carpa donde viven otros como nosotros —lo llamamos “El Dormitorio”. El mal olor es inaguantable, pero ya estoy acostumbrada. Los tres se sientan en un rincón, sacan de sus ropas sus ganancias, sombreros de cholos, aretes de birlochas, gargantillas de chotas, ropa interior de mujer, unos zapatos de distinto color, lentes, una billetera, un sonajero, un paraguas negro, tres relojes de hombre, varios monederos de mujer, cuadernos, cuatro celulares y un osito de peluche. Es para mi *wawa*, dice el Hugo, uno de los Chicanos. Se ríen y se lo quitan de las manos. ¡Esto es para venderlo, carajo! ordena el Chueco y todos se callan. Y tú, ¿qué trajiste?, me dice con su voz de cabrón. Saco de mi bolsillo un adornito, un angelito con las alas extendidas. ¿Y esta huevada para qué?, vuelve a decirme. Me rasco la cabeza y le digo “es para vos”.

Ocho de la noche con diecisiete minutos y treinta segundos.

Estoy emputada de esta vida.

Nueve de la noche.

Hace rato subí la cuesta que da al Puente de las Américas. Ahora estoy aquí mirando las luces de los coches que pasan por debajo. Los veo, están discutiendo, el Chueco con la Luli. Caminan hacia mí, por el frente. No me ven. Oigo sus gritos; discuten porque el muy cabrón se llevó a otra chica al “Dormitorio” y se la cogió en su delante. Ella está cabreada —quién no con esta mierda— y amenaza con tirarse del puente. Se sube a la baranda, se balancea peligrosamente, no hay ni un cana; nunca están cuando se los necesita. Intento cruzar, salvarla, decirle que ya se olvide del miserable hijo de puta que no vale la pena, pero no puedo; hay demasiados coches que van a gran velocidad. El muy cabrón se

aleja, enciende un pucho, escupe al aire y le dice: A ver, ¿quién llega primero abajo? No lo aguanto, salto hacia el asfalto, un trufi frena, el chirrido de las ruedas, luego un enorme colectivo azul, dos coches todo terreno y una moto del repartidor de pizza se chocan unos contra otros. Llego al frente. Ya es tarde, ella y el escupitajo ya están volando.

Nueve con cinco minutos.

La Luli se agarra a un fierro que sobresale del puente; su cuerpo se balancea como una muñeca de trapo a punto de caerse. Limpio mis lágrimas y mis mocos con mi manga; me tiro al suelo y la tomo del brazo, jalo con todas mis fuerzas, si ella cae yo caigo; me da mucho miedo la muerte. La veo a la abuela, su espíritu, a unos diez metros de nosotras, volando por las aires y contrastando con la luna, las estrellas y el infinito negro del cielo. ¡En este momento no, abuela!, le grito. ¿No ves que estoy ocupada salvando a mi amiga? Me sonrío y me dice: “¡Qué valiente eres mi niña!” Tiene una voz dulce y tierna. Dos personas se han acercado rápidamente y me ayudan a jalarla, la ponemos a salvo. Oigo las sirenas, es el 110, me paro y comienzo a correr patitas para qué te quiero...

Doce de la noche.

Despierto, veo el techo blanco, los fluorescentes, me encuentro tumbada en una banqueta, me levanto apenas. Ya no son las nueve, ni las diez. Estoy sangrando del brazo, una cholita está a mi lado con el ojo en tinta. Me mira y me dice: “Alguien te ha encontrado en la calle tirada, desmayada, después te trajo”. Reconozco el lugar, es la Asistencia Pública. No hay ruido. De pronto, entran varios doctores y enfermeras llevando camillas; que ha pasado: un accidente en la autopista. Los heridos se quejan, lloran; varios policías hablan por sus *wokitokis*. Al fondo la veo; la Luli está llorando, sentada en una silla entre las sombras. Me acerco. “Gracias”, me dice suspirando al verme. ¿Te lastimaste?, le pregunto y me siento a su lado. No. “Eh, usted, ¡retírese de ahí!”, es la voz enérgica de un policía. Más allá, al fondo, en la oscuridad observo una camilla con un muerto; tiene tapada la

cara, sobresale su brazo, es el Chueco, reconozco su brazaletes de víbora. Recién lo recuerdo.

Antes, a las diez de la noche.

Me metí en una calle oscura, salí por la reja de una casa, saltando por encima, me oculté en una esquina. Fui por la 20 de octubre, varios puteros estaban abiertos. Las chicas salían y entraban, casi no había clientes; “una noche sin movida”, decía un guardia cuando pasé por su lado. En San Pedro me senté en la plaza a llorar un rato. Por la Murillo llegué a la Plaza Eguino, no quería encontrarme con nadie. Subí por la Manco Kápac hasta la Villa Victoria, a la parada del 10 donde el Cura para, para ver si me prestaba unos pesos. En la cancha de la Walparimachi alguien me cogió del brazo. Era el Chueco, estaba bien borracho. Me empujó a un lugar oscuro, quería meterme su pija. Me defendí, sacó su navaja y me cortó en el brazo. La Luli apareció con un ladrillo gambota en las manos, lo golpeó sin asco. El Cura apareció detrás de ella y la ayudó pateando el cuerpo del Chueco en el suelo.

Once de la noche y cuarto.

Los dejé golpeando al Chueco, yo no salía de mi asombro. Me dieron mareos, caminé como zombi por las calles, empujando a los transeúntes, todo me daba vueltas, estaba sangrando como un cerdo en el matadero. Llegué a un mirador donde había un enorme árbol, un parque de niños, un columpio, un resbalín, un subibaja, y al fondo se veía la luna enorme, amarilla; al fondo más oscuro se adivinaba el Illimani blanco y las estrellas; debajo, las luces de la ciudad... Me desmayé.

Una de la madrugada.

“Ya está”, me dice el médico en la sala de urgencias, aunque creo que es sólo un practicante. Tengo el brazo lleno de vendas, me han dado doce puntadas. Llegan otros heridos, o más enfermos; salgo al pasillo. La Luli ya no está, seguro se la han llevado presa. Entre la mala luz de los pasillos, veo al encargado que empuja la camilla con el cadáver del Chueco, directo a la morgue, seguro. Salgo a la calle sin que se den cuenta, en eso me especializo, en ser una

escapista. La calle está vacía. Sólo veo a trasluz a la abuela volando por los aires, creo que me cuida, es mi ángel de la guarda.

Dos de la madrugada

Tengo sueño.

Tres de la madrugada.

El olor a pan fresco me atrae. Tengo otra vez hambre.

Tres de la madrugada con cinco minutos.

Encuentro en un basurero una bolsita con desperdicios del Burger King, papitas y pan con algo de carne, doy el primer mordisco, a su lado encuentro un cuaderno viejo y sucio, lo limpio. Un lápiz de color verde. Sin punta, lo tajo con mis uñas y dientes, empiezo a garabatear esta historia con mi mala letra.

La Paz, 8 de enero... Mi nombre es Julia y tengo 13 años...soy una cojuda...

**Jasmina, fin de los suburbios
(Pas plus de banlieue)**

Juan Álvaro Sanabria Abasto

Dinero

El sucio París, querible pero siempre sucio, no ilumina nada.

En el Sagrado Corazón se van los últimos euros. Sobre la rampa llena, agarra mi muñeca el hombre que ya conoce a Jasmina. Amarra un trocito de cuerda delgada hilada en trenza sobre mi mano. Exige una moneda.

No queda mucho, los céntimos diminutos destinados a la cajita no dan para comer o regalar.
Lo bueno es el Metro.

Primer metro

No cuesta nada, no este día. En fin de mes son cincuenta euros, pero este día no cuesta nada. Lo bueno es el Metro, porque todavía resta el ánimo para los Campos Elíseos y el Metro me lleva.

Un minuto más tarde, el óxido. Lo onírico del viento gris baja sin llegar a ser noche. En la indecisión de volver o finalizar hasta el Arco del Triunfo, grita desde la espalda.

- ¿Señor, tiene una pieza de un euro?
- No, lo siento, nada, respondo sin verle e intento alejarme.
- No se preocupe.

Su ausente insistencia me vence y retorno hablando bajo.

— Si me esperas puedo ir al cajero y sacar dinero, yo también necesito.

¿Cuánto? ¿Cien euros son suficientes para continuar la estadía de profesor? Sólo queda el doble en la cuenta, el fin de mes no está cerca. Salen cien euros, Jasmina mira la pared sobre el cajero. A veces deja caer los ojos cuando giro para verle.

No puedo inventar el costo de las semanas que quedan. Cómo hacerlo sin conocerle, decirle que es mucho y por ahora no alcanza el altruismo.

Parte de su estrategia, mira el billete y sugiere un café.

Café

Nunca lo hace. La ciudad señala el lugar, dentro o fuera. No el café, nunca lo hace. Elegidos y oscurecidos por la necesidad del invierno parisino, entramos y pedimos café.

- ¿Hablas alemán? Yo hablo alemán, comienza.
- ¿Y español?
- No, ni una palabra.

Delgada, los ojos hundidos, el cabello recogido, el cuello cubierto por una bufanda blanca y la boca, lo mejor de Jasmina, esconde cada sílaba apenas lanzada para disimular muchos dientes que ya no existen.

No habla español, seduce con un francés mal hablado, repite después de tres frases la misma palabra *catastrophe*. La vida, su vida, ingresa dentro de ella.

Viajar en metro desde Bosnia habrá de ser así: *Catastrophe*.

Segundo metro

¿Con él cada pueblo se conecta? ¿Entre tanto europeo, las distancias se reducen y las ciudades se alargan? ¿Es posible llegar a París viajando en Metro desde Bosnia? Lo asegura. Tras resultar embarazada luego de la furtiva estadía de un alemán en su ciudad, emprendió camino a buscarle.

Frente a frente, disimulando pronunciar francés parisino, nos mentimos. Narra el viaje, el encuentro, habla ligeramente en alemán mientras me mira de reojo. Finjo seguir la conversación. Apenas alza la vista indago en ella una raza muy próxima a la mía.

La Ciudad Luz no otorgó su atributo. Luego de un aborto, Jasmina resignó el encuentro amoroso, recibiendo en simultáneo la esperanza francesa de una vida prestada en la *Rive Gauche*. La guerra fue incapaz de ofrecérsela.

El mesero insinúa nuestra salida, deja la cuenta en la mesa y se aleja intimidado por su distancia a los sujetos llenos de deseos y mentiras.

Salimos del café.

Campos Elíseos

Los parisinos, los legítimos, observan y sonríen perversos. Sobre los Campos Elíseos, Jasmina acorta los pasos e intenta acompañar una espera sobre la razón de este encuentro. El café no es dinero, conversar no es valioso sino después de seducir. Lo sabe. Somete la distancia producida por el impulso de su cuerpo.

Retrocedo en su débil pisada. Rescato respiros en el placer de saberme burlado, sigo con el juego parisino.

Una tienda nos invita, bajamos las escaleras mecánicas. Un oficial espera el final del descenso. Ella tiembla al hablar, lee el rostro del inquisidor en un breve barrido, sonrío y abre su bolsón.

Quince segundos esconden a los compradores. En el cubierto torbellino Jasmina es el centro, desde él aparece un fragmento azul de cuerpo del inspector quien voltea y me pide abrir la mochila. Lo hago. Después de coger la película de *Tin Tin* comprada esta mañana junto a la revista, deja caer la cajita negra y nos permite pasar.

Alejados del escalofrío ingresamos en una segunda sala. Elijo un pasillo distinto. Todavía depende de la voluntad de despedirle con el dinero. En esta seguridad, aparento una búsqueda lenta de un artista que no existe. Ella camina con el brazo extendido tocando nada.

La música no le interesa.

Juego

La fingida honestidad concluye, un sonido se dispara de su bolsillo. Responde el celular, habla bajo y me mira.

Ya no queda más, el eufórico juego parece inerte ante la necesidad de despedirse. Alguien la convoca y debe irse. Acelerado el objetivo del café y la caminata, busco monedas en el bolsillo. Cojo nervioso dos euros, se los doy.

El esfuerzo impuesto en el soborno de los sentidos no produce el resultado esperado, me mira con fastidio. La segunda etapa del juego expira cuando toma el dinero y se aleja.

Avergonzado, alcanzo a detenerle antes del umbral. Le pregunto por su número de teléfono, lo escribe en mi palma con la misma confianza de quien siempre se ha conocido.

Sonríe y se va.

Calles

El andar nocturno, repetitivo, no tiene la misma intensidad de los días precedentes. Pienso en ella, en la crueldad del ser y las ganancias buscadas cuando alguien deja en otro un fragmento de su vida.

En largos minutos de no mirar las vidrieras con adornos navideños, exploro el papel donde escribí su número después de la mano. En extraña persistencia lo presiono.

Natural, la voluntad cruza la calle hacia una cabina, marca su número y le pide un segundo encuentro. El único lugar conocido por ambos, la gigantesca avenida, nos cita.

Espero la siguiente mentira.

Mentira

Nunca gusté de las clases, las doce horas semanales son dolorosas. Desde las ocho que transito un par de ellas y desde hace minutos los alumnos evacuaron sus rostros junto a todos los atrevimientos diarios, creados para hacerme sentir la distancia entre la vida genuina en París y una presencia pasajera positivamente inquietante.

Alisto unas cuantas fotocopias que reparto entre todos. El ejercicio lingüístico más simple siempre funciona y evita las confrontaciones.

Entre los gritos y las acusaciones, desvío el interés en el interior del aula. Los cuerpos de quienes me miran son árboles inermes ante una voluntad más fuerte.

Concluye su paso el último segundo, todos los indeseables duendecitos salen sin mirarme. Son extrañas las ocasiones en las que deciden quedarse y conversar, ahora celebro esta huída.

Jasmina es más importante.

Celular

Si el Metro no corriera de verdad el vértigo sería menor. El celular resbala en mis manos, cae, vuelve a subir, presiono unas teclas y lo escondo nuevamente para evitar el juego y bajar el ansia. Acelerados los pies, instalo la espera frente a la tienda, sobre la misma puerta.

Aprendo de la madera de una banqueta todas las formas de presionarla, rasgarla con el pantalón sin hacerle el daño equivalente al producido por el doloroso tiempo esperándole.

La llamo insistentemente, Jasmina no llega.

Escritor

En ocasiones, cuando despierta, converso con Julio. Hoy es una y converso.

En el oscuro departamento de la *Rue Pilon*, suelto mi cuerpo sobre el sofá-cama. *Mon colocataire* prepara el almuerzo de media tarde, escucha Jasmina, Bosnia, Campos Elíseos y no deja de comentar sobre los clandestinos. París está lleno de ellos. Dejan familia o la cargan, mimetizan sus cuerpos, se escurren por las rendijas ciudadinas para mostrarse por conveniencia. Temen y desconfían.

No sueltan emociones a la suerte, siempre existe el propósito que relega al placer. «Afectos y promesas no son propósitos, sólo deseos». El compañero de casa, seguro de sus frases, adelanta lo futuro.

Si la vuelvo a ver no será por mi decisión.

Primer París

Nunca encuentro el mismo edificio, los mapas de turista no los muestran. Cuando construyo la vuelta de la esquina, se borra la imagen después de darla. París son equivocaciones,

descubrimientos, se repiten los nombres de las avenidas, nacen puntos de metro y se mueren. Ayer ha comenzado en la venta de ropa barata y, esta mañana, en el cambio de dólares.

Trato de que todas las caminatas finalicen en el Arco del Triunfo, racionalizo un fortuito encuentro.

Los parisinos son lo suficientemente franceses como para distanciarse de alguna equivalencia en el rostro. Nadie se le aproxima, me queda poco de ella en la mente y lentamente se aleja en los intentos de hallarle.

En la intersección anterior al Metro, un hombre mueve el hombro y rehúsa un contacto. Tiene la misma ropa, cambia la bufanda y los zapatos parecen nuevos. Jasmina me mira. Baja las cejas redescubriéndome.

El hombre se va.

Débiles

— ¿Eres el profesor? Empieza un nuevo juego.

— ¿Sí, te acuerdas de mí? Entro en él.

— Sí, sí, me acuerdo de ti... ¿todo bien?

— Bien, caminando después del trabajo.

Disimulo el ansia, la suerte, observo con mayor detalle. En el silencio precedente desde su incomodidad, quiebro el desequilibrio y levanto su mano. Vulnerable, sigue el transcurso del movimiento hasta llegar a juntar las muñecas en la misma dirección. Compartimos la diminuta cuerda hilada en trenza.

Reímos. En tres segundos Jasmina, avergonzada, justifica su compra. Para ella es innecesario sentirse obligada y adornar el cuerpo de París. Sin esperar dice que es el regalo de un viejo amigo. Por ahora nuestro amigo.

Caminamos dos veces sobre la acera hasta *L'Étoile*. Nuevamente

de regreso hasta algún punto de Metro idéntico para quien, como nosotros, no va a ninguna parte.

Resigna su ejercicio diario y me acompaña la intención de acompañarla. Ya no me llama por el nombre. Recuerda, concluyendo o iniciando frases, mi presencia momentánea.

Mon Prof.

Segundo París

Jasmina me conduce por donde ha estado. Los mismos semáforos, autos y personas, sin la niebla de ahora serían lo que fueron. Luego de cada salto sobre las cebras, suelta las nubes, París las consume y queda la niebla en los ojos.

Canta en francés y alemán. Inventa letras después de dos anuncios, las repite y memoriza como canciones de niña. Apoya su brazo en los adornos pintados, espera la fotografía y me la pide.

Este es el límite. París es el límite. Desde las plazas hasta los muros, sin pisar el *Banlieue* o los bellos guetos forzados para los no habitantes. Porque allí donde ella llega sobre el extremo que yo conozco, somos restos de gente. Por esta tarde, sobre *La Seine* sin suburbios, acogemos parisinos dejándoles papel de paisaje.

Llevamos el Metro desde *La Bastille* a la *Place de Clichy* y a veces lo devolvemos hasta *La Muette*. Entran los que se niegan a llegar al *Barbes* medieval con los tahúres y sus juegos de un euro cada uno. No subimos desde el Laberinto de puertas y escondite de marginales, trenes y viajantes, recorremos todos los vagones verdes y grises sin tocar los rojos.

Los rojos van al *Banlieue*.

Carrera

Una vez suelta el nombre de la abuela enferma, nunca lo repite.

Prueba perfumes, se llena de olores y huimos. Olvida las estrategias o tal vez estoy dentro de ellas. No importa y jala mi saco hasta el medio de la avenida. Apunta al Arco del Triunfo.

Durante toda la tarde aplastamos, sólo siendo nosotros, esa parsimonia de los transeúntes parisinos, silenciosos e inexpertos en el arte de correr por la calle, para acabar colocándonos en la fila delante de las escaleras que conducen al Mirador.

Por su edad más la certificación de profesor pagamos nada y la mitad. Saltamos el museo, miramos un mapa, dos recuerdos diminutos que una mujer disfrazada envuelve con nombres en alemán. En la azotea, abalanzados hasta las barandas, golpeamos nuestros estómagos con el metal. Nos elevamos sobre las puntas de los pies para ver más que ninguno.

— *Mon Prof*, mira la Torre... Se sorprende.

— Pero ya has debido subir varias veces, remarco.

— Es la primera vez.

Flanqueados por cinco puntas, la Torre detrás de su perfil y los suburbios detrás del mío, nos soltamos al París que esperamos. Estallan las luces.

Deseo

Con lo mínimo, un mes antes vacié la cuenta adelantando el viaje y esta mañana suena mi celular pidiéndome los números del código. Trato mal a la encargada, hablo fuerte y reniego de su tardanza. Le miento. Así es mejor, un parisino es menos cuando yo soy más. Y lo hace. Confirma el pasaje y el boleto está listo.

Pesada, la ciudad de mentira no arremete. Hoy no arremete, ni ayer, ni los previos desde el cajero de los Campos. En la ventana oblonga sobre la *Rue Pilon*, me agrada el descuidado que sujeta hombres y les seduce para ver desnuda a su novia o su amiga o su madre. En francés, inglés, italiano y español, invita a conocer las

luces sucias circundantes al Molino Rojo. Baratas y sucias.

Hoy me agrada, gastaría los euros de fin de año para verles.
Comería en *Montmartre*.

Cruzaría el puente de un salto.

Autorruta

Jasmina se ha disuelto en París. Desde el lunes no contesta y el martes sólo me habla la voz de una mujer pidiéndome el mensaje.

La Avenida es imposible, parto a *Lille* en la tarde y no regreso hasta dos días previos al retorno. Imagino a la abuela desconocida enferma o al hermano jamás nombrado en la cárcel. Lo menos es pensarla en peligro.

En el Renault, Fred muestra con orgullo el anillo en la mano de Monia, celebran con un pastel improvisado horneado en la tarde. Han comido suficiente y debo concluir lo que resta porque me urgen a limpiar la bandeja. Todo es banal. La explanada verde adormece.

Jasmina mira en cada pausa.

Norte

Lille es París. En tres pasos muere. La densidad de lo francés la devora mientras los árabes se esconden en *Roubaix*.

Desde siempre París fue *Lille*.

Preludio

Sobre el círculo, en la cama, suena el teléfono. Deleble, en posible huída, la mantengo con la voz fuerte. Adelanto mi ausencia, le digo “no puedo verte”. Insiste y me pide una tarde en la salida del Metro, después de la hora del tren.

Crece el círculo, Jasmina reincide. Desde el calor del radiador, con la mirada puesta en el jardín, Jasmina reincide. Gira el coñac

de la noche hasta la ventanilla de la Estación, digo mi nombre y busco el asiento en el vagón.

La hora perfecta me arroja en el Metro cerca de *Blanche*. Una mujer grita a una mujer sobre la cortesía y la más joven sale dejando el asiento a la vieja. Salto hasta *Anvers* y regreso en *Pigalle* desde el Carrusel.

Lo último de París.

Fin de los suburbios

Dejo las revistas a Julio, los recuerdos al nieto del fabulista. Acelero el día y me instalo en la banqueta de la tarde, a la salida del Metro, en una punta de *L'Étoile*.

Jasmina llega antes. Se sienta y baja la cabeza. No sé si llora. No pregunto nada, agarro su hombro y su mano.

Me mira, habla sobre la abuela, luego toma el horizonte de la avenida con los ojos. Entiendo poco, vence su rostro para recordarle.

— Tengo vergüenza, pero yo sé que me puedes ayudar, susurra.

Sin los últimos euros olvido el hotel de la escala. Los toma y me agradece. Evito el abrazo, suelto por minutos un argumento armado en el tren.

— ¿Te vas? Ahora que empiezo a quererte, ¿te vas? y alza la cabeza.

El resto es silencio.

Jasmina

Llego a casa, vacío las maletas, calculo la hora y la llamo. Asumo

su madrugada de recorrido por los Campos Elíseos. Hablamos segundos.

— Si no estás conmigo no me sirves, concluye y cuelga.

Fabiola

Nunca se entera.

La balada del Kike ...rikí

Boris D. Paredes G.

I

¡Sangre! ¿Qué podía haber pasado? Esa sería la pregunta que cualquier asustadizo se haría. Pero no Freddy *Watson* Arteaga, detective temerario, paladín de la justicia; ocioso heroico e inquilino de la casa —vivía en el desván. Para él, la sangre era la evidencia de que se había cometido un crimen. Pero, ¿cómo podía haber sucedido si en toda la noche no se había escuchado nada que hiciese adivinar la terrible suerte que alguien estaba corriendo mientras todos dormían?

El Inspector Watson aún no lo sabía. Había despertado temprano y al hacer su habitual visita matutina al baño descubrió en el piso de tierra del patio una enorme mancha fresca de sangre; por tanto, tenía la certeza de que había ocurrido un asesinato pero, a quién, por qué y quién lo había hecho todavía era un misterio para él, porque la sangre regada en el suelo —probablemente de una indefensa víctima— exaltaba la suya propia y le exigía una pronta solución al enigma.

El Inspector Watson casi se olvidó de la prisa que tenía por llegar al baño; fue al canchón del fondo, rapidito, y volvió corriendo a vestirse con el uniforme que todo inicio de investigación ameritaba. Ah, ¡la aventura se iniciaba otra vez!

Se puso el sobretodo de color crema, tan largo que le llegaba hasta los pies, pero no importaba porque así ocultaba de algún modo su pantalón, que estaba algo sucio y roto por el feroz enfrentamiento que había tenido el día anterior con el temible ladrón de pequeños diamantes esféricos ¡bajo sus propias narices! No pudo tolerar semejante afrenta a su autoridad —después de todo— era el Inspector Watson, defensor de la justicia, inquisidor del crimen, chicote de los maleantes y, pese a que el temible ladrón de diamantitos esféricos era robusto —tanto que lo llamaban el Gordo— y una cabeza más grande que él, se le fue encima igual, dispuesto a sacarle los ojos, a morderle la nariz si era preciso. El delincuente, sin embargo, lo redujo fácilmente: le retorció el brazo, lo revolcó a patadas en el suelo y, encima, le insultó mientras huía. No siempre las cosas salían bien; los delincuentes a menudo eran astutos o más fuertes. No era como en las películas.

Se puso su cachucha de Inspector aunque, de fuente fidedigna —las historietas de MacPato y el programa del Peterete y el Chómpiraz— sabía que se parecía más a la que usan los delincuentes de baja ralea, de esos con letrero de números en el pecho y todo, pero no tenía la otra, ¡la del Inspector Clousseau!

¿Qué podía hacer? La Agencia no le había dotado aún de todo lo indispensable para ejercer su trabajo. No obstante, un detective profesional debe saber arreglárselas como pueda; no siempre se atenderá a los medios logísticos si éstos no son los ideales. Debe imperar en él su afán de servicio, de ayuda, de protección a la sociedad. A veces, incluso, en la Agencia no le daban de comer, pero ya se veía él dejando sus funciones solamente por eso, ¡sí que estaría bueno!

Es cierto que las tripas solían enroscársele y rechinar exigiendo lo suyo hasta el extremo de contagiar su debilidad a las glándulas lacrimales —¡qué vergüenza!—pero ésas eran reacciones fisiológicas que no mellaban para nada su entereza, su heroísmo y predisposición a combatir siempre el mal.

Al menos tenía una lupa. Es cierto que estaba rajada desde la vez en que, al huir de un asesino loco furioso que lo quería morder (así como se lee, ni más ni menos), tuvo que saltar el muro del canchón para escapar de sus intenciones sin duda homicidas. Cayó sobre las cacas, es cierto, pero eso fue lo de menos —¡se le rajó la lupa! Eso fue lo catastrófico: se averió su fiel aliado, su compañero de tantos casos, as de la investigación, eficaz pesquisador, detector de sutilezas que eran las que lo conducían luego a la exitosa solución de un delito o hasta el mismísimo paradero de un delincuente. En aquella ocasión, la misión del Inspector había sido simple: ser el oficial custodio de Rasputín, un loco furioso. Ni se imaginó siquiera que sólo por no querer darle un pan —¡un pan!— y no sólo de pan vive el hombre, pero parece que los locos furiosos sí, se pusiera así y se dispusiera a atacarlo tan sañudamente. Cuando hay un asesino a sangre fría como Rasputín, sin cadenas y dispuesto a despedazar, lo único sensato que queda es correr —y eso es lo que hizo el intrépido Inspector. Corrió como una liebre, de aquí para allá, en zigzag para marearlo, y dando vueltas al patio para cansarlo. El asesino no logró atraparlo, qué va. Rasputín no pudo saltar el muro del canchón, aunque lo intentó; no tenía la agilidad del Inspector. Tomó impulso y casi voló por los aires, pero sólo fue a estrellarse contra el muro aporreándose la nariz ¡el muy animal! Ahora Rasputín purgaba cadena perpetua. Ese era habitualmente el triste final de quienes pretendían amedrentar al Inspector: terminaban siendo ellos los amedrentados.

Cuando hubo terminado de vestirse, el Inspector Watson obvió el desayuno; tenía cosas más importantes en qué pensar. Tomó sólo un poco de la sultana caliente que había en su jarro y se guardó el pan con mermelada en el bolsillo del sobretodo. Se encasquetó

mejor la cachucha y, con paso decidido, se dirigió al centro del patio de operaciones para iniciar su investigación.

II

Empezó por indagar si a algún miembro de la casa se le había extraviado un familiar. La señorita Kátiuska, solterona militante, se alisaba continuamente los pelos y lo miraba fijamente con sus penetrantes ojos verdes, sin pestañear, mientras prestaba su declaración. Su voz era melosa, rumorosa, sobre todo cuando pronunciaba las eres y erres. Dijo que ella era un ejemplar único, contoneándose lentamente mientras caminaba alrededor del Inspector; no, nunca había tenido familia. Durante su juventud, le dijo, no se había relacionado con nadie del vecindario —pura chusma— decía. La gente de entonces cuidaba que las señoritas como ella no llegaran a ser gatas cualquiera que terminaran vinculándose con algún callejero de poca monta; debían ser mujercitas de su casa, como debe de ser. La señorita Kátiuska, sin embargo, no dijo que lo habría dado todo por vivir un momento de pasión alocada con mordiscos y arañazos incluidos, alaridos infaltables y barullo, para que todos se enteraran de que la bella, la buena, la perfecta Kátiuska ya no era más una señorita. Ahora, es cierto, se jactaba de su solteronería ante el Inspector, mas no

pudo evitar sentir vergüenza al descubrirse coqueteándole. Del Inspector nunca se diría que hubiese mezclado el trabajo con el placer, porque dejaba éste último para después, para mucho después así que, dándole la mano fríamente, se despidió de doña Kátihuska mientras la descartaba como probable asesina por ser una vieja muy cursi que invertía todo su tiempo sólo en cuidarse las uñas, asearse y tomar la siesta antes y después del almuerzo que le anunciaban con un particular llamado, concebido únicamente para ella.

El interrogatorio prosiguió con doña Bambina, madre abnegada de múltiples críos. Ella informó al Inspector que todos sus pequeños se encontraban junto a ella y que, además, gozaban de muy buena salud; pero no supo qué decirle de su esposo quien, según ella, sólo se había aparecido en su vida para engendrarle a sus hijos desapareciendo luego. En realidad nunca se había casado con él (pues así se estila entre la gente de por acá) y no sentía su ausencia mucho que se dijera, a no ser cuando los pequeños manifestaban varias necesidades que ella sola no podía satisfacer todo el tiempo así que, *bien podría su padre acordarse de sus hijos de vez en cuando*, dijo la señora al Inspector en tono de queja. Luego añadió que sólo había oído un rumor entre las vecinas: que el padre de sus hijos se había vuelto un indigente que vagaba por las calles, husmeando y escarbando en los basurales y, bueno, eso ya le parecía demasiado; cómo se iba a imaginar que iría a caer tan bajo. Cuando ella le conoció era el respetable portero de la propiedad de enfrente pero, de allí a poco tiempo —antes de que nacieran los quintuples— le entró la curiosa manía de cavar huecos, dizque para encontrar ciertos tapados que él intuía habían sido enterrados por allí. Parecía que se había deschavetado. En fin, de nada le sirvió su manía de minero porque no encontró tapado alguno y lo echaron del trabajo por la irresponsabilidad de dejar hoyos diseminados en todo el patio. *Le estuvo bien merecido*, sentenció doña Bambina. Desde entonces, ella no sabía nada de él, a más de esos chismes que le contaron. A tiempo de despedirse, el sagaz Inspector Watson pensó que esta señora sí tendría motivos suficientes para asesinar

a un padre tan desamorado. Confiaría en que nadie echaría de menos a un vagabundo. Debía tenerla, por lo tanto, bien vigilada por si las moscas.

Por último, doña Tuca sí le dio información precisa que satisfizo todas sus expectativas: don Kike, su esposo, había desaparecido sin dejar rastro desde el día anterior. La exaltada esposa no tuvo reparos en admitir que, cada noche, él se iba de juerga con sus amiguitas pero que, asimismo, volvía cada madrugada llevándole serenata para disipar su enojo. Aquella mañana no había ido y doña Tuca se quedó muy extrañada al no escuchar las rancheras que solía dedicarle con su varonil voz. Con el sol ya bien arriba, don Kike continuaba sin aparecer y la zozobra había hecho presa de doña Tuca. Habría que preguntarle a las otras, sugirió al Inspector Watson con ansiedad creciente, a esas resbalosas. Era cierto que su Kike siempre se iba con ellas, pero sólo porque esas descaradas lo provocaban y se le ofrecían como gallinas para la sopa; mas Kike era bueno y responsable, trabajaba duro para mantener a sus hijos, a los suyos y a los de las otras. ¿Qué sería de todos si él faltara? El Inspector Watson sonreía por dentro; al fin creía haber visto la punta del ovillo. Le parecía contradictoria la declaración de doña Tuca; por un lado aparentaba ser muy comprensiva con el mujeriego de su marido pero, por otro, se podía percibir que los celos inmisericordes le estaban royendo las entrañas. Por tanto, más que nadie, ella era una potencial asesina.

El Inspector Watson estaba enfrascado en estas y otras hipótesis cuando, nada menos que a media mañana, se apareció Dodó, su ayudante. Realmente no le brindaba mucha ayuda porque, siendo mudo, con frecuencia lanzaba chillidos que más bien irritaban al Inspector, que no entendía ni jota de lo que Dodó intentaba decirle. Además, por su forma dubitativa y presurosa de caminar —como un autómatas— el Inspector creía que Dodó no andaba muy bien de la cabeza. Varias veces lo vio perder el equilibrio y, sin poner las manos como precaución, estrellar su ya magullado rostro contra el suelo. “Con esa cara parece más maleante que policía”, pensaba

el Inspector. Con todo, Dodó tenía su memorandum en regla y no podía despedirlo, porque la Agencia tardaría como nueve meses en asignarle otro ayudante.

—¿Se te colaron las sábanas, Dodó?, dijo el Inspector y, como era inútil aguardar una respuesta, le informó acerca del caso. En primer lugar, había más probabilidades de que la víctima fuera don Kike, antes que el esposo callejero de doña Bambina, porque además éste último estaba en permanente estado de desaparición. Sin embargo, tampoco era extraño que no diera la cara cuando debía tantos meses de pensiones; mucho menos si no tenía un trabajo decente para cumplir con esas obligaciones. Pobre desgraciado, si era víctima o culpable, no correspondía ni al Inspector ni a Dodó decidirlo, pues ellos no eran del Juzgado de Familia. Además, doña Bambina era una madre tan abnegada y cariñosa que no podía haber fingido ante el taimado Inspector, en caso de haber asesinado a su espo... ¡Uff! ¿Pero qué era eso?

Dodó, ¡por dios! En opinión del prudente Inspector, era recomendable que Dodó visitara al médico lo antes posible ya que debía estar muy enfermo para apestar así. Dodó comenzó a emitir sus habituales chillidos. El Inspector lo conminó a callarse, so pena de encerrarlo en el calabozo si no obedecía. Hallaba impropio que Dodó aún pretendiera justificar lo injustificable, lo inadmisible que resultaban sus constantes atentados al medio ambiente. Mas, como Dodó no se callaba, el circunspecto Inspector Watson, enrojecido por la ira, lo cogió del brazo y se lo llevó casi a rastras mientras éste no dejaba de chillar. Lo metió tras los barrotes y, sin hacer más caso a sus chillidos, continuó con sus pesquisas. “Este Dodó realmente parece mongólico o idiota; no puede hablar, sólo chilla, y siempre está cayéndose o haciendo escándalos. La verdad es que no lo necesito por ahora. Más tarde, cuando se calme, lo dejaré salir y ojalá que el encierro le sirva de escarmiento”.

III

Ahora, todos los indicios conducían a don Kike: Había desaparecido

durante la noche y, como la sangre el día anterior ya no estaba, sin duda la víctima era él. Tal vez le habían tendido una emboscada en el momento en que llevaba la serenata a su esposa; pero para ello era necesario conocer muy bien su *modus operandi* nocturno y la única que sabía de la serenata, pues se la ofrecía cada madrugada, era doña Tuca. En todo caso, doña Tuca era tan hipócrita como lo revelaban los chismes que hacía de toda la vecindad; entonces, a pesar de odiar a don Kike por ser un Casanova, sería incapaz de matarlo ella misma. Por tanto, debía de haber contratado a unos secuaces para deshacerse de su esposo. Obviamente, eso no la libraba de ser la autora intelectual del delito; pero era necesario atraparla aunque para ello carecía de pruebas: no había cadáver, no habían huellas, no había arma y, sin nada de eso, no había un caso. El Inspector Watson se descubrió en la vulgar actitud de estarse hurgando la nariz con el índice ¡tan ensimismado en sus pensamientos estaba! Se avergonzó por semejante niñería y, tras un momento de turbación, decidió volver al lugar del crimen, antes de comenzar el interrogatorio a todas las concubinas de don Kike, que debía ser de ascendencia árabe.

La mancha de sangre había adquirido un color oscuro a causa del sol de mediodía. Observó nítidamente un jirón blanco que flameaba adherido a la sangre del suelo. ¡Eureka! Estaba confirmado: la víctima era don Kike. Para nadie era desconocido que un coqueto como don Kike gustaba de andar todo vestido de blanco, con excepción de unos botines amarillos que calzaban sus pies, una cachucha roja que coronaba su cabeza y un corbatín, también rojo, que le colgaba del pescuezo. El astuto Inspector sacó la lupa del bolsillo y la encontró embadurnada de mermelada; se la lamió y aprovechó también para comerse el pan de su desayuno; iba a necesitar de todas sus fuerzas para resolver este caso. Un trecho más allá, el Inspector descubrió otro jirón blanco. Sin duda se trataban de retazos de la ropa de don Kike. Como no había señal de que un cuerpo hubiese sido arrastrado, se imaginó que se lo llevaron cargado. No se había escuchado ningún estampido de pistola, por tanto lo habían matado a cuchilladas, dejándolo desangrarse por completo y luego llevándose el cadáver a otro sitio. Pero, claro, no contaron con que a causa de las muchas cuchilladas, pedazos pequeños de la ropa de la víctima se habían desprendido, dejando un reguero de rastros que ahora le permitirían llegar donde estaba el cadáver. Lo demás era fácil: con el cuerpo presente se podría determinar el tipo de arma que habían utilizado y las huellas de los asesinos.

El intrépido Inspector Watson siguió los jirones que se le iban apareciendo. Eran tan pequeños y sutiles que se perdonó el no haberlos visto al iniciar la investigación. Las señas lo llevaron a una especie de guarida donde entró sin dudar. Hacía un calor insoportable en ese sitio, así que se despojó del sobretodo que lo estaba haciendo sudar. Continuó sus pesquisas; sobre un mesón vio polvo blanco esparcido. ¿Era un ajuste de cuentas entre narcotraficantes de cocaína? Abrió los cajones de la mesa y encontró un par de velas. ¿Qué era esto? ¿Los asesinos mismos preparaban el entierro de su víctima?

El Inspector Watson se sintió disminuido. ¿A qué clase de criminales se estaría enfrentando? Sin embargo, debía continuar; ahora no podía echarse atrás. Más allá vio una hoguera sobre la que hervía un enorme caldero. En el piso, dentro de un bote de basura, encontró ¡la ropa de don Kike!

Al Inspector Watson se le acababa de ocurrir una idea macabra; se aprestó a verificarla. Se trepó a un mueble y, cogiendo la tapa del caldero con unos guantes de paño, lo destapó: ¡Oohh! El Inspector casi se cayó del mueble. Ahí dentro, flotando en un líquido espeso que parecía aceite, estaba el cuerpo de don Kike sin cabeza, sin extremidades y sin entrañas. El Inspector casi lloraba por la fuerte impresión recibida. Don Kike era su amigo personal de toda la vida; sólo había estado especulando con lo de su posible asesinato, pero he aquí que era verdad: ¡lo habían matado!

—¿Qué estás haciendo aquí?

Quedó paralizado por la sorpresa. Se dio vuelta lentamente, con el grito en la garganta, y enfrentó a una horrenda Mujer Asesina que blandía un cuchillo en la mano. Había tomado a Dodó de rehén y lo sostenía en uno de sus brazos. Dodó ya no chillaba, probablemente había enmudecido de terror. La Asesina miró al Inspector con severidad:

—A ver, dime: ¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí? Era una Asesina terrible, la peor que había enfrentado; se le notaba en el rostro malévolo. Había matado a don Kike, tenía prisionero a Dodó y, con seguridad, ahora vendría a por él. ¡Era tan joven y su carrera iba a acabarse tan dolorosamente como la de don Kike! Los ojos se le llenaron de lágrimas y vio pasar toda su vida delante de sus ojos.

—No, no llores, dijo la Asesina deshaciéndose del cuchillo. Pero, ¿para qué vienes, pues, a husmear entre mis cosas? En un repentino gesto de conmiseración, dejó en el suelo a Dodó y ayudó a bajar del mueble al Inspector, ordenándoles que se fueran de allí. El

Inspector Watson, temeroso de que la Asesina fuera a cambiar de opinión, salió de prisa de aquella guarida. Dodó lo imitó, cogiéndose de su brazo. Afuera, una vez a salvo, el Inspector miró con desprecio a Dodó. Definitivamente, iba a pedir a la Agencia otro ayudante, porque Dodó era un delator. Con seguridad, él lo había denunciado ante la Asesina con sus chillidos para así desbaratarle una brillante solución del delito, en venganza por haberlo encerrado en su celda. Por eso, cuando vio pasar veloz a doña Bambina, vociferando ruidosa, supo que el Jefe de la Agencia había llegado y fue a abrirle la puerta.

¡Oh, maldición! Primero entró el Gordo, haciendo sonar en sus bolsillos más diamantitos esféricos que seguramente había robado a otros ese día. El Inspector no pudo soportar la cínica cara sonriente de aquel maleante y le dio un puñetazo feroz; luego escapó. El Gordo lo hizo corretear por todo el patio, pero al ver que no iba a poder atrapar al ligero Inspector, le arrojó uno a uno los diamantitos en la cabeza.

El Jefe de la Agencia los llamó a la compostura con firmeza y le dijo al Gordo que no lo quería ver más jugar con canicas, porque ya era grande para seguir haciendo eso y que no se pasara de abusivo con su hermano porque, si no, conocería la correa. De inmediato lo mandó a que hiciese sus tareas primero si quería almorzar. Luego llamó a su lado al Inspector, que tenía el rostro bañado en lágrimas, no tanto por los diamantitos que le habían sacado chichones, sino porque se compadecía de las viudas y los huerfanitos del cantor madrugador.

—Pa, quiero otro hermano... ya no lo quiero más al Dodó.

—Cómo vas a decir eso de tu hermanito; caramba, qué es eso.

La Asesina había salido de su guarida con el cuchillo y una papa a medio pelar en una mano y el sobretodo del Inspector en la otra. Se lo mostró al Jefe de la Agencia.

—Mirá mi bata, me lo había ensuciado todo con harina y sangre.

A la *wawa* le había puesto en su jaulita y ahí llorando una pena le he encontrado. Y le he pescado justo cuando estaba destapando las ollas, para qué a ver. Muy fregado es...

—Pero, y los libros que se lo he traído.

—No cuida pues, todo lo rompe, por eso le he quitado.

—Qué pasa, Freddy, por qué no te portas bien y haces renegar así a la mamá.

—Para qué le sacas de la escuela, pues, te estoy diciendo...

El Jefe de la Agencia miró amenazadoramente a la Asesina que se encogió de hombros y volvió a sumergirse en su guarida.

—Ella... le ha... matado... a don Kike... por su culpa... del Dodó...

—Pero si en tu cumpleaños hemos matado al pato, hijo, ¿no te acuerdas?

—Pero... don Lucas era solterón, pues... no... tenía... familia...

El intrépido Inspector Watson fue izado al regazo de su Jefe, allí lloró amargamente. Doña Bambina y sus cachorros correteaban alrededor de ellos reclamando algo de atención. También Rasputín, desde el rincón donde cumplía su condena por ser un perverso doberman, gemía pidiendo que lo liberaran. Doña Tuca y las otras viudas de don Kike escarbaban el suelo en busca de comida para sus huerfanitos piopíos; pero nadie vio como Dodó se iba de cara al suelo cuando intentaba cogerle la cola a la señorita Kátiushka que estaba recostada lánguidamente al sol lavándose la cara con su patita.

Noche rota

Vidal Guillermo Portugal Durán

Hace frío. Es una de esas noches mojadas y oscuras; ha llovido todo el día y tenemos que aguantarnos el hambre y el sueño. Todavía no nos han traído el rancho; tenemos que esperar, como siempre. No es de extrañar que no vengan; ya nos han dejado otras noches sin comer. Hay que avivarse, por eso nos inventamos pan y coca, y también traguito para engañar al frío. A cuenta de nuestro dinero, claro. Tampoco nos pagaron el socorro este mes; con este ya son tres socorros que nos vuelan. A veces las señoras nos regalan pancito, dinero, coca; les damos pena, pero también nos tienen miedo. Y, ¿cómo no? Andamos sucios, hambrientos, como perros sin dueño. Nos gusta estar entre la gente, aunque no podemos estar con la gente. Bueno, al menos es mejor que estar en el cuartel, se siente bien caminar libre por las calles haciendo guardia; mata el aburrimiento y te libra del trabajo forzado, pero la cosa se pone fea después de medianoche, cuando todo queda vacío y nos agarra el frío y el sueño. Aunque tiene sus ventajas estar así, no tenemos que levantarnos con la corneta, dormimos a nuestro gusto, nadie jode, por eso es lindo estar en las calles.

Se oye un motor, los faros se acercan, salgo de mi escondite, un

montón de adobes y dos barriles de basura. Es el caimán. Bueno, al menos esta noche vamos a ranchar; el hambre me estaba haciendo odiar hasta mi sangre. Los soldados salen de la oscuridad como de una guerra fantasma, fumando sus cigarros, colgando sus armas. No corren ni hacen fila; en estas circunstancias nos dejan estar. Ayer nomás pasó un general por la tarde, ni lo saludamos, daba flojera hasta pararse, qué mierda; nos aguantan casi todo, como hacemos el trabajo sucio no tienen por qué joder.

No podemos salir de noche, tenemos que quedarnos a chupar en el Tabu, son amanecidas forzadas. Tampoco está mal, tenemos trago, cigarros, una lata para mear, una guitarra rota y un colchón viejo detrás del mostrador. La pasamos nomás bien, charlamos, reímos, pero en el fondo cada quién carga su cruz y, como siempre al final, la borrachera nos hace sus jugadas: el trago no inunda las penas, las saca a flote.

Estamos festejando el cumpleaños del Toño pero, igual, otra vez se está poniendo triste de a poquito; está sospechoso el cojudo, ya va a empezar otra vez. ¡Maldición! Ni música podemos escuchar por el peligro. Le miro los ojos, ya está desde hace un buen rato callado mirando fijo su vaso; su cara se está estrujando, cualquier rato se va a romper. ¿Ve? No puede aguantar más y ya se está poniendo a chillar. Lo que más me calienta son esas mariconadas. En otras circunstancias no le diría nada ni le haría caso, pero tanto tiempo sin salir del Tabu me está volviendo loco. Tardecito, de noche, salía a cazar alguna hembrita; siempre puedes encontrar una linda mujer en los bares, de esas que andan sedientas de compañía, de alguien que las abrace con cariño o, simplemente, de alguien que les calme el escozor. No está mal chupar con los amigos, es divertido, pero es más lindo estar con una mujer; es otra cosa, más si después te la puedes cargar.

Ya he dicho, todo esta normal hasta medianoche; ayer nos metimos en un putero, nos tomamos unos tragos y nos mandamos unas putas. Nadie dice nada, qué nos van a decir, así es la vida del soldado; después de todo, estar de servicio tiene sus ventajas.

Tampoco abusamos, pagamos a lo que se puede. Me acerco con mi plato, me lo llenan con *lawa* espesa y, lo peor, fría y sin sabor. Normal también, los superiores nos roban la carne, y si te toca un pedazo de racha es un milagro. Hace unas semanas salimos en batida, nos cargamos una buena cantidad de perros. Nadie dijo nada, nomás obedecimos, sin saber por qué ni para qué, como cojudos, hasta que aparecieron en nuestros platos pedazos de carne con pelos; recién caímos en cuenta, nos mandaban a cazar nuestra comida. Desde ese día disparamos a todo menos a los perros. Estos nos roban las provisiones de carne, las papas, todo lo que pueden, como si no nos diéramos cuenta. Eso sí, el pan es sagrado; eso y el café ralo no nos faltan nunca.

Los demás también se están contagiando del Toño, en el fondo se alcoholizan por la misma mierda. Saco mi tablerito de ajedrez; una buena partida te puede hacer olvidar hasta tu nombre. Nada, como si no existiera, nadie quiere jugar conmigo. Es una de esas noches de suspiros, tristeza, silencio y aburrimiento. Lo que hay que aguantar a los amigos. ¡Todo por no estar solo! La vida no me sabe bien si no estoy con una mujer, y yo sin poder salir, sin poder perderme entre sus piernas ni agarrarme a sus tetas; me gusta besarla suavito, en la boca, en los ojos, decirle bajito que es linda, olerle el cuello y acariciarle el vientre con ternura. Carajo, y yo clavado aquí sin poder escapar de estos cojudos.

Hasta que se le sale la voz al Toño.

—¿Te acuerdas, hermano, cómo me quería la Mery?

—Sí, la muy conchuda.

—Era flaquita, pero muy linda.

—¡Y bien sabrosa!

El Toño me mira fijo, con rabia.

—Mentira Toño, te estoy bromeando.

—Hasta ahora no sé por qué me ha dejado.

Nadie dice nada, un silencio cómplice nos calla la boca. La tristeza del Toño se nos pega, nos contagia, siento que ya nos estamos embarrando en mierda. Se me sale como un tiro.

—¡Por puta, carajo! ¡Esa cojuda es una puta!

El Toño me mira con rencor; pero es cierto, no se puede negar la verdad aunque duela.

—¡Esa mierda ha dormido hasta con el diablo! No sé por qué tanto lío.

—Pero el Toño pues la quiere, hay que comprenderlo.

—¡Ni que fuera pues su primera mujer! ¡Éste ya se ha mandado a otras!

—Es que es su primer amor, su primer dolor.

—¡Esas son puras huevadas! ¡Qué amor ni qué mierda!

Me callo de golpe. Sé bien lo que es esito; ese dolor es peor que cagar fuego, pero hay que resistir. Después pasa, todo se olvida. Además, todos los hombres tenemos que pasar por eso, nada más hay que aguantar y sobrevivir.

—¡Me quisiera morir, carajo!

—No digas eso, Toño.

—¡Aunque te mates, cojudo! ¿Crees que le va a importar? Esa mierda no va a cambiar nunca; la puta es puta aunque se mueran todos los machos.

Se va el caimán; en cualquier rato volvemos a rondar las calles, pero las cosas se ven mejor con la barriga llena. Iremos a ganarnos unos pesos en algún lado. Lo mejor es agarrar borrachos; les damos unos buenos golpes y los amenazamos con cargarlos al cuartel. Largan hasta su borrachera por hacerse soltar. Después de la medianoche ya es otra cosa, no aparece ni un alma; todo está cerrado y solitario, las calles quedan vacías, oscuras, sucias. Lo peor siempre es el frío, también el hambre y no poder dormir tranquilo, hay que estar pasando ronda continuamente. Eso sí nos controlan los cojudos, vienen tres o cuatro veces por noche; pasan en sus jeeps, bien tragados, bien chupados, bien dormidos.

A veces hasta vienen con sus putas, pavoneándose de sus grados, maricones de mierda; como si fuera la gran cosa, siempre están en la retaguardia. Pero cuando nos ven bien cabreados ya ni se acercan, para qué, somos peores que perros rabiosos y le tiramos a lo que sea; la otra noche nos despachamos a un capitán. Esta noche es una de esas malditas noches, oscura y pesada como un nicho.

¡Maldición! El Toño es de esa clase de hombre que no es nada sin el cuero de su mujer; de paso, es de esos que siempre se enamoran de la que le engaña. Cuántas veces le dijimos que no hay que ser bueno ni débil con la mujer porque después te monta, te engaña y te manda a rodar. Me está mirando fijo, con odio, respirando fuerte; se toma su vaso de golpe, sus ojos están chuecos, ya está volteado, no va a durar. Lo miro fijo también, pero sereno; no hay vuelta que dar, lo dicho está dicho y la verdad es la verdad, pero también es cierto que la verdad rompe hasta al más fuerte —eso lo sé bien. Hay algo raro en su mirada, como si sus ojos me pidieran algo; pero qué puedo hacer. Me da pena, pero ni modo, su cara se estruja otra vez, no puede más, le gana el dolor y se pone a llorar como nunca el huevón. Se levanta apenas, intenta salir con lo último que le queda; a la legua se nota que ya está cagado.

—¡Me voy, carajo! ¿Para qué vivir sin amor? ¡Mejor morir!

A los borrachos no hay que hacerles mucho caso; exageran las cosas, pero siempre dicen la verdad.

—¡No, mierda! ¡Te quedas aquí y te aguantas como hombre!

—¡No, ya no puedo más, es mucho dolor!

Sé de ese sufrimiento, el borracho nomás busca la muerte por el dolor de amor.

—Aguantá, Toño, aguantá. Ya se te va a pasar. Con el tiempo todo pasa; al final, todo se olvida.

—No, no. ¡Quiero morir!

—¡Maricón de mierda! ¡Séte hombre, carajo!

Mi grito es fingido, pero tal vez ayude, no me hace caso, está terco, llora y llora y querer salir. Le ruegan, le amenazan, pero está chillando como loco, ni modo, me acercó, lo agarro del cuello y le doy uno buen porrazo.

—¡Calmate, mierda! ¡Sé hombre! ¡Ninguna mujer vale la pena!
Me tira unos puñetazos; me levanta la ira y le doy unos buenos golpes. Se deja pegar; me arrepiento al ver su sangre en mis manos. Le limpian la nariz con un pañuelo. Ni me mira, ya no le importa nada. No hay más que hacer.

—¡Déjenme salir! ¡Ya no quiero vivir!

—No, cojudo. Estás duro, ya se te va a pasar.

—No, mierda, no. ¡De sano es peor!

Me mira. Es cierto, de sano es peor. Volvemos a la mesa, lo sentamos, parece calmarse, pero se levanta y tira los vasos; el trago se extiende sobre la mesa, sobre nosotros. Nos paramos para limpiarnos. Me doy vuelta para sentarle la mano, pero ya no está; sólo ha quedado la puerta abierta dejando entrar la noche. Salimos con cuidado, pegados a la pared, a las sombras. Lo llamamos susurrando. Nada, se aleja rápido. Se da vuelta. Se despide con la mano, llorando; nos roba unas lágrimas. ¿Qué más podemos hacer? Bueno, al final todos nos morimos; para qué tanto lío. Se nos va el Toño, triste, decidido, sus ojos hinchados tanto lloriquear. Le despedimos a gritos bajitos.

—Que te vaya bien, hermano.

Sigue caminando, alejándose sin mirarnos. Pobre cuate.

—Te extrañaremos, cojudo, eres buen amigo.

—Y no regreses, a no ser que sea con trago.

—Mejor con una tipa.

—¡Y de buen culo!

Reímos como sonsos. Nos metemos al Tabu. Nos sentamos a la mesa, chupamos un rato en silencio.

—No debiste pegarle. Pobre Toño.

—¡Que se joda! ¡Por maricón!

—Igual. No pareces humano, pareces el diablo.

Ya me están echando la culpa. Tienen razón, se me fue la mano. En el fondo me siento mal, debí haber salido detrás del Toño. Total, si se avivaba, tarde o temprano siempre aparece otra mujer y ya, asunto arreglado. Por suerte el amor no tiene un solo rostro. Me arrepiento de no haberlo detenido. Pobre, seguro que se está cagando de miedo.

—Tú debiste ayudarlo.

—No necesitaba golpes sino amistad.

—Nuestro cariño y comprensión.

—¡A la mierda! Ahora resulta que yo soy el culpable.

—Es que al pegarle lo cagaste peor.

—Si tanto les importa, por qué no salen y lo traen.

Se quedan en silencio, mirando sus vasos.

—Pero igual, no era para pegarle.

—¡Mierda! ¿Quieren que salga a buscar al cojudo?

Mejor intento dormir, y que se caiga el mundo, qué mierda. Tanto frío, y estos adobes y barriles no sirven de nada. ¡Carajo! Ni quemando cosas; esta noche no se calienta con nada. Mala señal. Noches así no se calientan con fuego, sino con sangre. Me enrolló como un gusano, mi cantimplora está seca, ya no queda trago. Apenas mis ojos se van cerrando se siente lindo, como si estuviera en mi cama. Un poquito más, un poquito más y dormir algo. Demasiado bueno para ser verdad. Se acerca un motor. Salgo de mi escondite. Malditos cabrones, hasta parece que lo hacen a propósito para mantenernos rabiosos. El tenientito saca

su cabeza. Es un mierdita hijo de puta, abusivo y maricón como nadie; pero igual hay que obedecer, aunque nos tengan miedo. Sería lindo volarle la cabeza a este cojudo.

—¡De qué sonrío, soldado!

—¡De nada, mi teniente!

—¡Parte!

—¡Sin novedad, mi teniente!

Nadie dice nada. No me parece mala idea salir. En realidad, no solamente voy a traerles al Toño, también voy a retar a mi destino; ya estoy aburrido con tantas noches encerrado, con tanta mierda, con tanto dolor encima y, sobre todo, con tanto extrañar a la muy puta. No es que me quiera morir, nada más no me importa vivir.

Ni caso me hace el teniente; está duro y se larga puteando, como si fuera mi culpa. Me río; se estarán lijando a su puta o lo sacaron de la cama o, a lo mejor, lo pescaron cagando y se le quedó la mierda estancada, ya lo he visto otras veces. Me río como sonso, y me río de mí mismo, porque hay que ser sonso para ser soldado. Me río otra vez, enciendo un cigarrillo. Bueno, qué mierda, así es el mundo; por algo haremos falta. De nuevo tras los adobes, a coquetearle al sueño. Oigo una voz, alguien se acerca. Cargo mi arma despacio, miro hacia la voz; se acerca una sombra tambaleante. Cierro un ojo, apunto. Puedo verlo entre las sombras. Es un borracho, duro como trompo; viene llorando, arrastrando el alma. ¿Y si no es un borracho? ¿Y si es un borracho? Me da pena, pero qué puedo hacer. Ni modo. Además, si lo limpio, es un franco de tres días. ¿Te imaginas? Tres días fuera de esta maldita mierda; tres días con la familia, con la mujer, con los amigos. Comer mejor, descansar mejor, dormir mejor, todo mejor. Si no lo hago yo lo va a hacer otro. Bueno, antes le prevengo; si no hace caso ni modo, puede ser el enemigo —mejor que le toque a él que a mí. Si al menos lo hago rápido, ni cuenta se va a dar. Lo tengo en la mira. Pobre ñato si es un borracho de verdad; pero así es la vida: si no le sigues el juego, pierdes. Quién te dice, por ahí le hago un favor.

—No, no salgas.

—¡Ya me conocen, carajo! Voy a traerles a ese cojudo.

Se levantan para detenerme. Inútil, ya salí detrás del Toño.

—¡Alto! ¡Quién anda ahí! ¡Santo y seña!

Nada más que murmullos.

—¡Deténgase o disparo!

Se detiene un momento, tambaleante, como si lo pensara. Me manda a la mierda y viene hacia mí.

—¡Alto! ¡Deténgase o disparo!

No me hace caso. Inspiro, aguanto la respiración, le apunto bien. Lo dicho, ni modo, le mando un tiro.

Hace frío, el viento corta como cuchillo. Apenas llegó a la esquina, suena un disparo. Después de un rato, otro tiro, luego dos más. Ya para qué ir a buscarlo; me doy media vuelta, me pego a la pared y regreso al Tabu. Nos miramos entristecidos. Nos sentamos a la mesa, chupamos un buen rato en silencio.

El borracho cae de espaldas, lentamente. Silencio absoluto, penetrante, hasta asusta. Todo se ha detenido, nada se mueve. Sale una voz susurrante de algún agujero.

—¿Quién ha disparado?

—Yo.

—¿A quién?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Putá. Ya están matando otra vez sin asco.

—Vamos a ver si aún podemos ayudarlo.

Nunca faltan comedidos. A lo lejos el motor regresa. Bueno, al menos se ha ido el frío. Será como siempre: darle parte de lo que pasó al teniente y que me manden otra vez al agujero a hacer guardia. Ni modo; chau sueño, chau noche.

No nos miramos las caras, nos sentimos culpables. Miro el Tabu, bar de mala muerte; es de lo peor, como sus tragos. Me veo acorralado en la noche, en la desdicha, y todo por cobarde, por débil. No quiero acabar como el Toño, empujado a la muerte por el dolor. Me doy cuenta de que si quiero morir dignamente, tengo que vivir dignamente. No sé si alegrarme o entristecerme por esta revelación. Se me sale un largo suspiro. Esta es una de esas noches que rompe todas las noches y nos ha volteado la perspectiva. Guardo mi tablerito. No lo soporto más; quiero librarme, salir de este inmundo bar, pero no puedo. Estoy atrapado en este maldito Estado de Sitio. Me pregunto si el Toño era el más valiente de todos.

Alzo mi vaso.

—¡Por el Toño!

—Sí, por el Toño.

Brindamos por el difunto, nos miramos las caras, nuestros ojos a punto de llorar, total, un amigo siempre es un amigo. Nos quedamos un momento en una pena silenciosa. Es verdad, pude haberlo evitado. Qué no daría por cambiar las cosas, Juro, si en este momento entrara el Toño, cambiaría de vida.

Alguien abre la puerta de un empujón. El susto nos congela la sangre. ¡Milagro! Es el Toño. Entra con el frío, pálido y desencajado, temblando de miedo el cojudo. Es para no creer. Lo abrazan, lo acogen con cariño. Cierro la puerta, le sonrío, lo abrazo; como que se ilumina la noche. Le dan un trago, le hacen preguntas, se ríen. El Toño se recupera poco a poco; su sonrisa es franca. Su rostro, pleno. Le dicen que salí a buscarlo; se me acerca, me abraza, me mira fijamente.

—Tenías razón, esa mujer no vale la pena pero, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que antes de juzgarla hay que comprenderla. Ver de cerca la muerte te abre a realidad.

Cómo es la vida: hasta unos tiros te pueden dar sabiduría. Su mirada tiene paz; le envidio, ha encontrado algo que desconozco, algo que lo ha cambiado. Lo siento más hombre, su presencia tienen una fuerza que no tiene la mía. Me siento débil y menos ante él. Le sonrío, volvemos a la mesa. Está contento, lo rodean, les sigue contando.

—Me han disparado una y otra vez.

—Pero no te han dado, qué ha pasado.

—La bala me rozó y dio en un poste. No sé, en un instante, como un rayo, comprendí cosas que ni puedo decir. Lo único que sé ahora es que la vida no es como la pensamos.

Lo dicho, está sabio. Hasta parece que le hubieran disparado con artillería.

—¡Qué suerte, hermano!

—Me di vuelta y salí corriendo, me seguían disparando.

—Suerte que eran fallutas.

Ya nada es lo mismo, parece que la realidad oculta de la vida se impone tarde o temprano. Ahí está la risa del Toño, enseñándome que todo lo que pensamos y sufrimos es ilusión. Me reclino en la silla, cierro los ojos, los oídos. Lo único que quiero es dormir, que amanezca e irme al cuartel.

Noticia carmesí

Diego Andrés Mejía Alandia

La Paz, PAB.— Hace poco —hará un mes— me propuse escribir noticias, para las veces de periodista *freelance* que me dignaba hacer en el tabloide local que se autoproclama —por televisión y de viva voz: *El Diario Popular*.

Envuelto en tales faenas me vi buscando noticias por cuenta propia. Con una cámara al cuello y mi pluma de confianza, salí al encuentro de la noticia que haría “historia” en este lugar olvidado del mundo —del mundo de los psicópatas y asesinos, claro está— y que, de paso, ganaría alguno de esos indignos premios periodísticos, pero que se ven tan bien colgados en la pared del estudio.

Imposible tarea.

Lo rutinario de nuestros delitos hace imposible una noticia decente, y su idiosincrasia los vuelve gestores del desamparo. Así, imposibilitado por la carencia de hechos de violencia por un lado y de inspiración por otro, escribía titulares inermes o, al menos, serían inermes si los hubiesen publicado siquiera:

“Violador múltiple ataca a su treceava víctima, una anciana de 85 años”

“Aluvión deja sin techo a 25 familias”

“Asalto con muerte: “Apuñalan a colegiala por estuche confundido con cartera”

Claro, eso era crónica roja; pero no lo suficientemente roja. Gracias a un contacto en la policía, pude estar presente mientras arrestaban al violador: el muchacho de dieciséis años era nieto de la víctima. La anciana no presentó cargos. El chico era su único pariente y, además, los mantenía a ambos. Jamás había cometido un delito; no tenía ningún vicio. Sus únicos pecaditos: la primera borrachera acompañada de la consiguiente explosión hormonal seguida de violación y que la policía anduviese buscando a un criminal “para titulares” y así justificar su infructuosa y verde olivo existencia, pero eso ya es noticia vieja. La abuela lloró desconsoladamente cuando dictaron la sentencia de su nieto: quince años para él y el Asilo de Ancianos para ella. La ley era irreductible.

El aluvión, las lluvias —eso no era noticia. Sucedió lo mismo cada año y a la misma gente. Cuando entrevistaba a los padres, las niñas —tan felices como podían— sacaban del zaguán un pequeño bote de madera que construyera el abuelo hacía ya cuatro años; habían esperado un año entero para otra temporada de lluvia. A mis espaldas, los vecinos daban una entrevista a un canal de televisión mientras gritaban improperios contra el alcalde y el prefecto. Como es habitual para el armado de las noticias meridianas, nadie dijo que las casas arrasadas eran construcciones ilícitas.

A la niña la asaltaron cruzando la calle, cuando me dirigía al restaurante de costumbre para almorzar; el asaltante, teniéndola del brazo me miraba a los ojos mientras registraba el estuche de lápices. No apuñaló a la niña hasta cerciorarse de que sólo traía cuatro bolivianos en monedas de cincuenta. Luego se fue

caminando, el puñal envuelto en un periodicucho que reconocí como por reflejo: el que él leía o pretendía leer. Yo había alcanzado a tomar unas fotos magníficas, así que corrí a socorrerla, pero era demasiado tarde. Estaba muerta.

Tomé dos fotos más.

Las fotos se habrían publicado en la portada y yo quizás me habría hecho de un premio, pero no ocurrió así. El asaltante, tras caminar una cuadra y verme, volvió. Volvió por la cámara. Volvió con el puñal húmedo aún sediento de sangre. Me dio tres golpes en el torso. Me registró la cartera con la minuciosa tranquilidad de un agente de aduanas y, sin apresurar el paso, partió. Cuando se marchaba pude escuchar cómo tintineaban las ocho monedas de cincuenta en su bolsillo. Así obtuve mi primer titular —algo modesto, se diría.

“Novelista cae en coma al ser apuñalado por
socorrer a estudiante”

La fantástica foto y el premio fueron por cuenta del colega que me esperaba para almorzar. La undécima fotografía de su cámara de apoyo era exquisita: un charco de sangre; la niña en mis brazos; el puñal en la caprichosa posición que no descubría si la hoja entraba o salía. Mi chaqueta verde, la calzada y el contraste carmesí de la sangre eran únicos; no pude menos que llorar mientras la veía.

Eso era poesía.

Por: Moking, *el insalvable*.

Juro que yo no fui

Luis Dante Gorena Vargas

Si usted quiere saber qué hago aquí encerrado en esta celda húmeda y maloliente, esperando a ver cuándo se digna el señor fiscal a atender mi caso, aunque por la gravedad del delito que se me inculpa nada raro sería que me deriven al mismísimo penal de San Pedro; quién sabe por cuánto tiempo, dizque por pintarrajar improprios en contra del señor Presidente, sentando claro precedente y como señal de escarmiento a todos esos irrespetuosos (y en ese mismo saco me metieron a mí que soy inocente) que piensen siquiera, en algún aciago momento, verter ofensas que mellen la intachable imagen de la primera Autoridad del país, déjeme decirle que todo esto no es más que una burda confusión. Incluso toda la prensa se dejó llevar por ese tufo especulativo y sensacionalista que emitieron los voceros del Gobierno. Como no podía ser de otra forma, después trajeron cámaras y todo, y ahorita mismo debo estar luciendo mi cara de cojudito trasnochado en los noticiosos del mediodía. Dígame usted si no es cierto que cuando de dar primicias se trata no hay quien meta más las narices en la desgracia de la gente que la tele. Es que ahora nada más de verte la traza y el cabello crecido, con algunos inofensivos pelos sobre la cara, fácilmente te confunden con cualquier *lumpen* revoltoso.

Y nada que ver, no es así la cosa.

He estado casi diez horas aquí y ya me estoy emputando, siento un olor a patas que me persigue desde alguna celda contigua. A ver cuándo llega mi viejo y me saca de este lío de una vez. Aunque, ya me estoy imaginando su escenita en la oficina del jefe: “Entiéndame capitán, por favor; el muchacho es universitario, vea usted su carnet de estudiante, tercer año de Ingeniería comercial; debe haber una equivocación. Sí —sí— es mi hijo; permítame presentarme, soy el licenciado De la Riva”. Y, claro, mi viejo después de todo tiene muñeca, aunque ya haya dejado atrás esas viejas mañas de la derecha venida a menos para ser ahora parte de la antesala del nuevo socialismo. Luego vendrá el sermón, como rugido selvático, autocrático: “¡Cómo es posible! ¿Qué acaso no te pago puntualmente tu universidad para que andes de vago pintarrajeando paredes? ¿Quieres matar a tu madre de cólico?”.

Lo confieso: me dejé picar por el gusanillo del amor. Amo a Eva María. Podrán decirme que ella no es para mí, que su apellido conserva aún el olor rancio de sus ancestros aymaras y que no combina para nada con el mío. ¡Carajo, como si juntar la sangre fuera cosa de mezclar bien las pinturas! Podrán decir que su familia había emigrado del campo para echar raíces en la periferia urbana y que, con más instinto que olfato empresarial, supo sobrevivir gracias a la reventa de carburantes y otras movidas chuecas más; pero todo eso me importa un reverendo pepino. Amo su cabello lacio y oscuro, sus ojos diagonales, sus pómulos cobrizos y desafiantes como la puna, su boca carnosa y blandita como pulpa de higo fresco. Ah, ¡si usted la viera! Toda ella es un paisaje en pequeño. Lo digo yo que desde que la vi por primera vez saliendo de su colegio la fui acechando, sigiloso, como cazador furtivo; aunque para la susodicha debí parecer más un *husky* en celo. Qué importaría luego, en la estrechez del tiempo, que este exquisito ejemplar de arcilla barnizada al natural, con sus piernas cortas y pantorrillas indómitas, enfundada en un eterno uniforme blanco, no hubiera volteado siquiera a verme; o sea, que no me dio ni la

hora. Si al principio yo era feliz tan sólo de verla, y era feliz a pesar de sus arcaicos escrúpulos de niña mimada. Pero, tanto va el cántaro a la fuente... que terminó nomás cayendo la palomita. Como que me llamo Gustavo De la Riva. Ni Ariana, la pecosa de nariz respingada, el primer agarrón de colegio, mucho menos la pechugona de la Cecilia Endara y otras tantas más de mi paralelo en la universidad, podrán decir que escaparon invictas a mis espolones de gallo fino. En fin, pero gracias a mi nuevo amor, todos aquellos incipientes y calenturientos devaneos de antaño se fueron esfumando casi por inercia y hoy son historia. Como escribió Neruda, *confieso que he vivido*. Aunque, claro, uno es joven, la tentación es grande y el diablo nunca duerme.

Ay, ¡Eva María! Hueles a sahumero de primer martes del mes. Cosita rica, regalo de los achachilas; tienes el poder telúrico de mover las hormonas del gavilán más pintado.

Tal vez a usted le parezca aburrido y cursi todo esto, y más aún la forma cómo se lo cuento, pero es que cada vez que pienso en ella me hierve la inspiración en la sangre. Además, así fue cómo la conquisté, escribiéndole versos de poca monta y adornándolos con dibujitos calcados de *Inspiration Cards*. Y ella haciéndose la difícil al principio: “Ay, Gus, pero qué loco eres; estate quieto o no respondo”. Pero como dije siempre, a este pechito blanco no hay paloma que se resista por más autóctona que sea; porque, claro, aquí el suscrito no es de los que se conforman con una simple parcela, no señor. Conmigo tiene que ser todo o nada; mejor si es todo, obviamente, aunque raye en el totalitarismo.

Después se dio vuelta la torta y la muy ladina me dejó de un día para otro, reaccionando instintivamente —con premura, alevosía y ventaja— ante chismes de gente envidiosa que siempre habla de uno cuando uno goza de cierta popularidad entre las féminas; no me dio siquiera el beneficio de la duda, mucho menos se tragó el cuento clínico de que es mi otro yo el que se porta mal. Pobrecito de mí, huérfano de credibilidad y sin coartadas válidas para asumir

mi defensa.

¿Por qué, Eva María? Dime por qué te fueron a parir así tan perfecta, vertical, concisa, exacta como la maquinaria de un frío reloj suizo.

Lentos, tediosos, opacos y tristes habrían de transcurrir los días y horas en que yo me encerré en su ausencia, recordándola sobre mi almohada; como se dice, llorando sobre la leche derramada. Luego me empezó a comer la nostalgia y había sido mala consejera: me habló a través de la carótida izquierda, diciéndome que en las cosas del corazón no se debe arrojar la toalla prematuramente y que, cuando todas las puertas se cierran, siempre queda algo. La imaginación, por ejemplo, que es —en estos casos— una herramienta de lucha igual que en ese antiguo corto de video que ví siendo un niño todavía y que ahora ya no me parece tan cursi: *Sonia Lima, te quiero*. ¿Lo vio usted? Se trata de un loco que anda pintando sus desamores en todas las paredes de la ciudad.

En realidad no lo pensé mucho. Sólo había que tener paciencia, que la noche se convirtiera en mi cómplice y los sufridos habitantes de la urbe se retiraran a sus respectivas casas a soñar con los angelitos. Mientras merodeaba por el lugar, contemplando aquel espacio horizontal como si fuera un ancho y duro lienzo, pensé una vez más en Eva María. La Plaza se fue vaciando de a poco hasta quedar casi desierta, y como ya no está más ese obelisco de piedras amorfas que ya ni me acuerdo a quiénes representaba y tampoco el busto de aquel héroe nacional devaluado por tanto recambio que se viene haciendo en el país, usted se habrá dado cuenta de que en su lugar está ahora un monumento muchísimo más importante. Usted sabe y sabemos todos por qué lo quitaron: hacía un montón de años que el sitio había pasado a ser el epicentro mismo de todas las protestas y reclamos de la chusma, aparte de que por las noches la cotizada plaza se iba convirtiendo en urinario además de guarida del lumpen.

La verdad es que era más fácil hacerlo antes, cuando las paredes y su entorno estaban siempre pintarrajeados, y uno escribía cualquier

cosa para sacarse toda la bronca del pecho. Incluso se llegó al extremo de confundir con arte urbano todos esos *graffitis* que allí se garabateaban.

Alcé la mirada todo lo que pude y así me encontré de frente con el nuevo monumento: una versión poco criolla y más estilizada del señor Presidente, colosal e imponente. La verdad es que, hasta la noche antes, no me había percatado de la envergadura del busto de marras; seis o siete metros de pura piedra, traída seguramente de alguna de las regiones sagradas del Altiplano, tal vez de Copacabana —siete metros inalcanzables para cualquier enano atrevido que tuviera la osadía de querer treparse encima. Aunque... no faltan quienes aseguran, más bien, que la materia prima fue extraída de la mismísima Cordillera de Los Andes; dicen por ahí que tuvieron que llegar al país expertos europeos sólo para verificar la pureza y el origen milenario de la piedra. Las malas lenguas dicen también que fue el Mandatario quien personalmente autorizó y luego supervisó el cincelado de la obra para perpetuar su memoria cuando haya entregado su osamenta a la Madre Tierra. Otros, menos críticos, dicen mejor aún que la obra fue un regalo de gente humilde —no tan humilde ahora— agradecida por haber salido de la pobreza.

Lo cierto es que la cabeza del gigante pétreo está allí —allí mero— diría un mejicano, como una divinidad andina asentada en el ombligo mismo de la gran ciudad, como expresión artística y ornamental, o como clara advertencia de la omnipresencia del soberano; vigilando desde su atalaya con el implacable rigor de su voluntad para ver si acaso existía, por encima de su autoridad omnipotente, alguna sarna de desobediencia o, peor aún, el mínimo atisbo de conspiración.

Sugestión, o lo que fuese, pero me dio esa sensación. Hasta me pareció verlo escudriñar todo edificio y toda casa que tuviese al frente; las avenidas y calles aledañas parecían ensancharse, obedientes aunque con bovina lentitud, para no dificultar aquel constante monitoreo.

Debo aceptarlo. Con esa mitad de corpachón lleno de orgullo provinciano, el busto es tan real que inspira respeto y hasta mete miedo —más aún con el frío metálico que carcome hasta el tuétano— al extremo que parece que le estuviera observando a uno. No es por maricón, pero hubo un momento que quise mandarlo todo a la mierda y pegar la vuelta —que se joda Eva María. Total, ella se lo pierde, me dije. A ver, que me diga dónde sería capaz de encontrar algo mejorcito que este seguro servidor de raza importada; pero recordar que dicen que el amor lo puede todo me devolvió el valor para seguir con el plan.. Además, ya con la medianoche encima, los últimos cristianos noctámbulos se fueron dispersando —algunos al trote— para coger el último minibús; otros, zigzagueaban a causa del exceso de trago y tanteaban la ruta correcta que habría de conducirles al antro del remate. Esto quiere decir que, aparte de la rechoncha luna que parecía ponerse en mí contra al arrojar sus luces sobre la ciudad y perjudicar de algún modo la sagrada misión que yo habría de llevar a cabo, no tendrían por qué haber curiosos ni testigos de cargo.

El muro frontal de la parte inferior que servía de pedestal se alzaba vigoroso desde el césped enrejado. Calculé que debían ser dos metros de alto por cinco de ancho —generoso espacio para expresar lo que siento. El muro se veía limpio, remozado con un mármol crema; su jardinera estaba muy bien protegida y adentro había un centenar de flores multicolores dispuestas simétricamente. Eso y más dicen que se merece nuestra Primera Autoridad. Verifiqué una vez más las cuatro latitudes, para comprobar que no hubiese moros en la costa; después miré para arriba ofreciendo disculpas a toda esa masa de piedras que ahora parecía observarme como a un insignificante insecto. Yo, simple mortal finalmente, le hablé en religioso silencio: “Discúlpeme Señor Presidente, pero usted también debió enamorarse en su juventud; ahora estará pasadito de años pero no negará que alguna vez sintió el gusanillo del amor. Tremendo semental andino dicen que fue usted. Ya, no se haga”. Después de recibir la bendición divina de su Excelencia

—imaginariamente, claro— respiré profundamente aliviado. Y —zás— ya estaba. Ahora o nunca. Salté el enrejado con todo y herramientas y comencé remover la pintura con la brocha, tan gorda y tan ancha que apenas si podía sujetarla con la mano. La pintura verde —verde como mi esperanza— parecía palpitar en el tarro como diciendo: “vamos, háglo ya; háglo por Eva María, ella aún te ama, no seas cojudo”. Yo me veía en figurillas. ¿Cómo empezar? Con letras mayúsculas, por supuesto. ¿Qué le escribo? El mensaje debía ser conciso y claro, igual que los eslógans publicitarios. Mañana, pensé, cuando la ingrata se pare en la esquina de enfrente para esperar el minibús que la lleva a diario al colegio, lo leerá completo —cómo no hacerlo si al final todo el mundo mira el monumento cuando circula por ahí. Después me llamará por teléfono para decirme que me perdona por ser tan picaflor y yo le juraré por Dios y por la Pachamama que nunca, pero nunca más, miraré a otra mujer que no sea ella. Nuevamente estaremos juntitos, qué rico: primero, el helado de la tarde; luego, el paseo por El Prado, abrazados; más enamorados que nunca, y besitos por aquí y por allá, un poco para calentar el horno con estilo —como tiene que ser— que por algo me llamo Gustavo De la Riva. Después, al atardecer, rumbo a nuestro nidito de amor y otra vez a repasar las lecciones sobre el ruidoso catre.

Cuantas veces habré orinado sobre este mismo muro cuando era más chango, antes de que la plaza se pusiera bonita como está ahora; pero, claro, ahora es distinta la cosa. La evidencia de mi sincero arrepentimiento quedaría por buen tiempo resistiendo los embates del sol inclemente y, a lo mejor, las lluvias del próximo verano. Así pensaba, haciendo escurrir un poco la pintura en el tarro. Ya está, mejor le quito su primer nombre y empiezo con el segundo, al fin que ni me gusta y ella siempre me dijo que prefería que la llamen María a secas, nombre demasiado hermoso para ser común. Así lo decidí al fin y comencé mi trabajo con un flamante brochazo, estirando el brazo lo más que pude: primero la **M**, luego la **A**, después la **R**. La **I** resultó mas fácil; ya casi tenía calculada la letra siguiente, cuando...

¡Maldita mi suerte! ¿Qué cree? De pronto escuché una voz con catarro a mis espaldas, increpándome: “Eh —tú— pendejito aprendiz de Mamani Mamani ¡qué haces!”; y yo que me doy vuelta y veo a dos uniformados de rostros cetrinos como la noche, haciendo rebotar en sus manos unos bastones cortos listos para partirme la madre. “¡Sal de ahí!” me ordena el de la voz con catarro, y yo casi me orino de miedo; pero me aguanto, a lo macho. “¿Estás sordo o qué mierda tienes en las orejas?” me estropea el otro carabinero con voz mas finita. Pego el brinco a la baranda, muy obediente, haciendo un esfuerzo y tratando de poner cara de yo no fui.

—Disculpe la interrupción. Oigo voces que vienen desde el pasillo; a lo mejor es mi viejo. No, falsa alarma.

—¿En dónde estábamos? Ah, ya. Entonces traté de explicarles pero estos tipos, poniéndose intransigentes, me pidieron el carnet de identidad y, luego nomás, uno de ellos me cacheó todo, de arriba a abajo, mientras el otro pedía refuerzos por el *handy*. Al rato apareció sobre el filo de la acera un carro patrullero haciendo aullar la sirena y sin dejar de parpadear su único ojo fosforescente, como si se tratara del operativo más importante del año. De un empujón me metieron al vehículo, incluidas mis preciadas herramientas de reconquista como prueba del delito, y arrancaron en medio de escandalosos chirridos de gomas. Ahora sí me jodí, pensé. “Mañana tengo mi segundo parcial de Estadística ¡qué huevada!”

El trayecto, adentro, se vuelve una película policial en blanco y negro; afuera, un silencio espeso domina el paisaje urbano y la ciudad parece dormitar en su inmensa hamaca de luces amarillas. El viaje me da tiempo para darme un baño de lucidez y me pregunto si realmente valió la pena haber actuado como Romeo despedido.

Después, en esta jefatura policial, un oficial con ojos trasnochados y cara de pocos amigos —que parece ser el de mayor jerarquía— cuchichea algo con el par de guardias como quien recibe el parte y, acto seguido, aparece un individuo retacón que me imagino debe ser el investigador asignado al caso, para tomarme la declaración en el teclado de una computadora arcaica. Me sorprende la celeridad con que actúa esta gente. El oficial me atiende desde su escritorio, desarrugando el pescuezo y sacudiéndose la caspa sobre los jinetes, da comienzo al interrogatorio:

—Pero miren nomás qué tenemos aquí, a otro hijito de papi. ¿Así que eres universitario?

—Sí, señor —de Ingeniería comercial, aunque mi vocación es el Periodismo, pero...

—Ya, ya. No me interesan esos detalles, me interrumpe y continúa: “Te estábamos siguiendo los pasos; sabíamos que más temprano que tarde te íbamos a atrapar con las manos en la masa”.

—No le entiendo. ¿Qué es, pues, eso tan grave que supuestamente he hecho yo?

—¡Cómo! ¿Te parece poco andar pintarrajeando insultos en las paredes en contra de nuestro señor Presidente, después de lo mucho que él hace por su pueblo? ¿Después de todo lo que hace por ti? Ah, pero esta vez sí que te pasaste: ¡Tenías que hacerlo justo en la plaza que lleva su nombre y justo debajo de su siempre admirado busto!

—No señor, yo nunca haría semejante cosa. Vea usted, mi padre mismo es fiel admirador y devoto incondicional del Presidente. Es más, lo que yo sé es que toda mi familia ha votado a su favor en los últimos veinte años. Yo mismo hice lo propio en las pasadas elecciones.

—Ah, ¿sí? No me digas.

—Verdad. Como que me llamo Gustavo De la Riva.

—A ver, dime: ¿qué es la Patria para vos?

—Mi madre.

—¿Y qué es el Presidente para vos?

—Mi padre.

—Entonces debiste aprender bien la lección.

—Cómo no, todo eso se aprende en el colegio.

—Me caes bien y te voy hacer un favor. Tú nos das los nombres de tus compinches o, mejor aún, el nombre de quién te mandó a cometer el delito y prometo ayudarte con el informe que le entreguemos al fiscal asignado. Soy sincero si digo que apenas te vi me dije: “Este joven parece gente decente; tendrá cara de pendejo pero no tiene maldad en el alma”. Vamos, dilo ya: ¿Fueron los de la oposición? Quiero nombres. Te advierto que tenemos un equipo de Inteligencia que está detrás de los autores de todos esos *graffitis*.

—Tiene que haber una confusión. Verá usted: Me gusta una chica. Reconozco que estoy enamorado de ella hasta las patas; se llama Eva María. Ah, ¡si usted la conociera! Está rebuena la petisa...

—Ah, ¿sí? Qué interesante. Entonces fue ella quien te mandó. Vamos a hacerle un retrato hablado. A ver, a ver: ¿Es choca de ojos claros, boca sensual, con buenas piernas...? Ya —ya me estás colmando la paciencia mocosos de mierda. ¡Cantá de una vez o te juro que te vas a arrepentir!

—Le estoy tratando de explicar, pero usted no me deja. Le decía que tenía una enamorada con quien terminé hace poco tiempo...

—¿Pero qué significa eso que estabas pintando?: M—A—R—I... ¿Maricón? ¿Eso ibas a pintar? Ya, confesá de una vez.

—¡No! Yo estaba escribiendo su segundo nombre que es como a ella le gusta más que la llamen. El mensaje debía ser así: “María, volvé conmigo” y, abajo, mi firma: “Gustavo”. En eso aparecieron los guardias y, como verá, no me dejaron terminar de escribir. Pero no se preocupe, si usted me deja libre ahorita mismo limpio todo y le juro por el sagrado nombre de nuestro Presidente que nunca más lo vuelvo hacer.

Mi inquisidor corta el interrogatorio de un tajo, se levanta furibundo y, con un carajazo, manda a encerrarme en esta celda.

Ay, ¡suerte perra la mía! —eso no fue todo. Lo peor fue que, no

sé cómo se habrá enterado, vino a verme Eva María hace un rato. Yo, ingenuo, pensé que venía a abogar por mí, para aclarar de una vez este embrollo y pedir que me dejen libre ya nomás. ¿Qué cree que pasó? Me hace llamar, la muy pérfida, y con más reproche que sorpresa en la voz comienza a increparme: Que por qué me había atrevido a involucrarla a ella, que si acaso no habíamos terminado ya; que qué se creen estos riquillos de mierda para insultar al Presidente y —¡plaf!— me planta un sopapo en la cara con esa su diestra obscena, con la misma indolencia que tiene la puna.

Eso es todo. A pesar del kilométrico pasillo que separa mi celda del resto de los vericuetos policiales, puedo adivinar ahora la cara del Presidente cagándose de risa desde el gigantesco cuadro que adorna la sala principal del recinto.

Los exilios de Luján

Mauricio Rodríguez M.

Para A sin A que me olvidó

Las palomas negras del tejado parecían haberlo poblado todo. Se arrimaban por las aberturas del techo de zinc, por los escombros de las paredes de tierra, entre las maderas de una escalera que había sobrevivido a la fogata de San Juan, entre dos santos de yeso que lloraban sangre cada año bisiesto, y caminaban alrededor de las cuentas del rosario de Juana la Loca que profetizó una granizada desoladora para antes de la Fiesta de Pascua. La profecía se cumplió con puntualidad inglesa, cuando dos palomas hacían su nido dentro de la garganta de Emiliano Luján.

Por ese entonces, Juana la Loca era sólo un recuerdo polvoriento del barrio, soleándose en el escaño de su puerta, con un gorrito de lana y varias piedras en el regazo, que daba a la gente como si fueran monedas para el pan. Estaba tan reducida por la senilidad que usaba su traje de Primera Comunión debajo de un delantal floreado. “Es una niña vieja”, decían los vecinos. “La pobreza no tiene vergüenza”, les repetía al escucharlos.

En cambio, Emiliano Luján, pese a sus ochenta y cinco años tenía todavía la voluntad férrea para caminar erguido. Cargaba aún las

almorranas contraídas en su segundo exilio, además de un sabor a tierra de olvido y la promesa de entregar una carta a un destinatario desconocido.

El primer exilio lo sufrió por su mala costumbre de no tocar la puerta. Emiliano Luján llevaba un recado al General: todo estaba listo para su viaje a Charaña. Entró al despacho presidencial y lo observó en cabalgata de guerra con su cuñada; a diestra y siniestra sobre el escritorio, entre los papeles de la patria, relinchando hacia el lugar donde recibía a los embajadores; de pie, agarrado del perchero, de cuclillas como lo aprendió en el cuartel, con una mano al aire *saludando de julio el gran día*; en el sillón junto a las cortinas, donde alguna vez Melgarejo orinara en una taza de plata para curar el resfriado de un primo y despachara sus orines con el mandato expreso: “Que lo beba en ayunas, le hará bien”.

Emiliano Luján ni siquiera tuvo tiempo de reconocer lo buen jinete que era el General. Lo llevaron de inmediato a un vuelo clandestino con una nota que decía: “Ahora te jodes”. Y en verdad se jodió. Fueron años de vagar por un país desconocido, con un idioma desconocido, con calles desconocidas, y de añorar la marraqueta en el desayuno, reemplazada por esos panes afrancesados que se disolvían en la boca. Así se disolvió también su esperanza de volver.

El regreso fue una casualidad. Emiliano Luján escupía, sin sentido histórico, algunas pepas de mandarina al lago *Lèman*, el mismo lago donde Napoleón, antes de la derrota de Waterloo, había tenido la visión apocalíptica de unas ruinas en el olvido, sin torre Eiffel ni campos Elíseos, con el pasado en forma de viento llevándose hasta la última piedra. Fue cuando la vio. Era tan bella, tan boliviana, tan paceña, tan de Sopocachi, tan de aquellas tardes en que Emiliano Luján mataba el tiempo sentado en una banca de la Plaza España mirando caer las hojas y su vida en el hoyo de la memoria. No le quedó duda alguna: era perfecta para él.

Se fue acercando en un intento de llamar la atención. Lo logró. Una bicicleta descarriada le dejó diez puntadas en la frente y la visión de aquella mujer que lo llevaba a la sala de un hospital. La mujer lo visitaba día por medio. Emiliano supo por ella, la hija de un ex ministro del General, que el gobierno había sido deshecho por una huelga de mujeres hacía más de cuatro años. “Se hizo justicia”, dijo Luján. “No. Fue cansancio”, le respondió la mujer.

Llegó a La Paz con más pena que gloria. Vio la tristeza del Illimani, el polvo del ayer acomodado en los tejados de las casas y el sol de invierno dibujando sombras en rostros que ya no recordaba. Decidió no abandonar nunca más la ciudad, pero no sucedió así. A los dos meses de haber retornado tuvo que alistar su ropa, todavía impregnada de la humedad del verano europeo, y escapar con medio *sucumbé* en el estómago, en vísperas de un aniversario más de la patria.

En sus notas, que las palomas hicieron trizas entre los escombros, Emiliano Luján calificó su accionar como un error político. El Presidente, sin embargo, lo consideró como una actividad premeditada, sediciosa y terrorista.

Emiliano Luján, a su regreso de Europa, había encontrado el apoyo partidario de la democracia para convertirse en redactor de discursos. Su currículum, que contenía tres papeles acreditándolo como ujier del anterior gobierno, fueron suficientes para darle la profesión de Escritor y Periodista.

Confundir en el discurso del Presidente a Simón Bolívar con el *papá* Bolívar y hacerlo merecedor de una victoria dos goles contra uno en un partido reñido contra las fuerzas invasoras de la Universidad Técnica de Cajamarca por la batalla de la Copa Libertadores pudo haber sido pasable; lo imperdonable fue escribir en la parte final: “¡Vivan los *Potomártires* de la Patria!”.

La resonancia del discurso y la mofa general tuvieron que ser acalladas con los festejos inmediatos a la Virgen de Copacabana, que incluyen bendiciones a los automóviles de los ministros en la puerta de su santuario y alargan el feriado hasta agosto, mes de la Virgen de Urkupiña, en el que se venden piedras del Calvario, las comparsas de morenada bailan alrededor de la plaza de Quillacollo y, dejando toda mala interpretación, las palabras excelentísimas del Presidente quedan en manos de San Bartolomé y la fiesta de Chutillos.

Después de dos años, todavía quedaban los rastros dejados por los bailarines en todo el país: los restos fosilizados de los billetes del Banco de la Fortuna, piedras del Calvario de la isla Copacabana, sahumerios de incienso, banderolas de los partidos políticos, *cuétillos*, tapacoronas, chicha de maíz, ponches calientes, té con té, *sucumbé*, *sandwich* de chorizo, anticuchos, chicharrón de cerdo, fricasé al amanecer, helados de canela, chamburgos, sopaipillas, caseritas recogiendo sus kioscos de nylon y uno que otro borracho perdido curando el *chaqui* con calditos de cardán.

Los historiadores aprovecharon la resaca popular para sepultar a Emiliano Luján entre varios folios, junto a unos *folders* amarillos que contenían los actos bochornosos del Presidente en sendas escrituras confidenciales. Después de la sepultura en papel, le dieron condolencias de crespones negros y una misa a los ocho días. Esa fue la razón por la que nadie se enteró de su segunda muerte y de su casi resurrección.

En la casa de Emiliano Luján, los allegados y parientes instalaron tres bandas que tocaron la *Despedida de Tarija* durante dos semanas y media. Las tubas, trombones y trompetas enturbiaron el aire con la melancolía de los boleros de caballería de la época de la guerra del Chaco, causando la muerte de todos los ancianos del barrio que dejaban el último suspiro entre lágrimas. Juana la Loca fue la única que se salvó con la ayuda de vaporizaciones de copal y protecciones de retama. “Hasta los perros murieron llorando”, pensó.

Sin embargo, Emiliano Luján no había muerto aunque se dijera

que había muerto. Colgó los cachos de la política y se dedicó a deshacerse, en la vejez y el olvido, en las arenas de playas ajenas, hasta el día en que prometió entregar una carta a un destinatario desconocido.

Fue exiliado junto a unos compañeros que habían colocado, en un almuerzo del Presidente, unos manteles con los colores de la oposición. Se alojó en la misma casa que su padre, Apolinar Luján, había habitado cuando fuera desterrado a tierras invasoras en los albores del siglo anterior dándose, además, el lujo de ser la fuente de inspiración para un trovador.

“Estoy hecho mierda”, había dicho en voz alta Apolinar Luján mirando el horizonte del mar, recogiendo las migajas de la derrota. El poeta, escuchando el lamento, lo amasó con el arte de la literatura, le puso algunas vivencias suyas y lo transformó de larva en mariposa: *Puedo escribir los versos más tristes esta noche...* Su padre no obtuvo réditos del éxito mundial del poema y Emiliano Luján jamás se enteraría de aquel suceso.

Volvió a La Paz con un día de retraso por la reciente capitalización de la línea aérea nacional, y además porque los obreros habían decretado paro nacional por la muerte de Carlos Palenque, un *charanguista*, músico-político y casi elegido presidente, muerto por una explosión de bilis debido a una discusión marital. El tiempo y el olvido se ocuparían de cincelar su lápida y dejarla perderse en la eternidad.

A su llegada, Emiliano Luján tropezó con la mala suerte de no poder salir del aeropuerto: había un *paro movilizado* de los funcionarios administrativos que habían tomado las instalaciones con amenazas de inmolaciones y la quemazón iracunda de muñecos por orden de importancia en sus actos de corrupción: Presidente, familia del Presidente, esposa del Presidente, familia de la esposa del Presidente, amigos del Presidente, familia de los amigos del Presidente, mascotas del Presidente, familia de las mascotas del

Presidente.

Cuando el último muñeco ardió y las exigencias de los administrativos fueron anestesiadas por la intervención de un obispo mediador, La Paz estaba envuelta en cenizas tan densas como el petróleo, que tardaron dos veranos lluviosos para disiparse. Emiliano Luján tardó también esos dos veranos para darse cuenta de que entregar la carta a un desconocido era poco menos que imposible, porque contenía las promesas invisibles de un colega que había quedado borrado de la memoria entre la niebla de Santiago y los buques de Puerto Montt.

Buscó la ayuda de amigos y se enteró de que la mayoría de ellos había muerto. Unos por el olvido; otros habían sido enterrados, borrachos, en las bases de los pilares de los edificios en construcción como ofrendas a la Pachamama, con los tres adioses de rigor de un *yatiri* que vitoreaba la llegada incipiente del Año Nuevo andino, derramando sangre de llama en el suelo y colocando dulces y hierbas junto a los enterrados.

Los pocos conocidos que le quedaban a Emiliano Luján hacían filas eternas con la esperanza de recibir la jubilación. Sólo Juana la Loca permanecía igual que como la había dejado para irse al exilio. Se había ocupado de mantener su casa libre de palomas, con gatos que en las noches maullaban incesantemente, rondando los techos y brillando a la luz de la luna

“Parecen emisarios del diablo”, dijo Emiliano Luján al escuchar los maullidos. “Las palomas y sus cagadas tampoco parecen de Dios”, respondió Juana la Loca. Se persignó y se durmió.

Emiliano Luján se fue obsesionando con la idea de la carta. Se despertaba en las madrugadas sudando, con un sabor a hiel recorriéndole todo el paladar y la canción de Los Iracundos —*me alejé de ti, sin saber por qué*— en la cabeza. La carta también se hizo invisible, al igual que las promesas de su colega y todo

recuerdo. Paulatinamente, dejó de escuchar las voces de la ciudad, los gritos gangosos del vendedor de sal yodada, el silbato del afilador de cuchillos, la voz matutina del canillita y el choque de los jarrones de las lecheras que, por un dinerito extra, vendían leche de burra para curar la tuberculosis. La promesa le pesó más que los años. Sólo tenía el sobre ajado de la carta, liviana como los pensamientos, y la frase final de quien le asignara tan extraña encomienda: “Yo soy la flor que marchitó el olvido”.

Hasta el día de su segunda muerte no se atrevió a abrir el sobre. En el pasado había quedado su anterior vida de ujier y amanuense del gobierno. Emiliano Luján sobrellevaba la vejez pasando sus mañanas en las plazas y tomando raspadillos de limón; viendo a los niños corretear, algodones azucarados en mano; a los enamorados entrelazados en las bancas, a los desocupados ofreciendo servicios de plomería y albañilería, o a los mendigos que estallaban en rezos o proferían maldiciones, según fuese la cantidad de limosna que caía en sus sombreros colocados a ras del piso.

En las tardes se distraía viendo alguna entrada folklórica de bailarines, presteríos, bautizos y matrimonios de novias que parecían tortas de merengue junto a sus esposos con caras de luto. En una de esas tardes, Juana la Loca le dio una piedra para que comprara pan. Al recibirla en su mano, Emiliano Luján entendió de golpe que debía tramitar su jubilación, aunque nadie le creyera vivo.

Dejó de pensar en la carta que debía entregar y se enfrentó con el papeleo burocrático y los funcionarios públicos. Tuvo que hacer varias filas: primero, para legalizar su existencia ante la Asociación de Muertos con Certificado (AMC); luego, en la Asociación de la Asociación de Muertos con Certificado (AAMC). Sus días se convirtieron en un ir y venir entre largas filas, de espera en espera, inscribiéndose en asociaciones y sindicatos para poder acceder a la renta tan ansiada.

Pasaron más de ocho años. Juana la Loca sostuvo la casa y el hambre matando a toda la población gatuna y diciendo a Emiliano Luján que lo que comía cada día eran los conejos que les llevaba una prima benefactora. Las palomas volvieron como si oliesen la miseria. Empezaron por descascarar el estuco, desmembrar las paredes de tierra, robar la paja del cielo raso y hacer sus nidos por todas las habitaciones de la casa. Sus arrullos reemplazaron a los maullidos. Dejaban en sopor, con ese sonido, a todos los niños del barrio. Ya no estaban las voces de los que salían a jugar con pelotas de trapo, con canicas de vidrio, trompos, soldaditos de plomo; nadie rayaba con tiza los cuadros para la rayuela. Todos caían dormidos y así se quedaban, entre el cambio de voz y el bachillerato. Entonces recién salían del hechizo de las palomas. Juana la Loca se dejó vencer por las aves y prefirió rezar el rosario diariamente, con todos los Misterios y Ave Marías posibles. Durante uno de sus rezos matutinos, tuvo una visión de varias catástrofes, en orden alfabético, que asolarían desde el pasado, atravesarían el presente y llegarían hasta el futuro más distante de La Paz.

Entre tanto, Emiliano Luján logró la jubilación después de bregar ocho años con mitines, paros, huelgas y bloqueos. Al ser parte de la *generación sandwich* de trabajadores sin tierra, vendedores de ropa usada, ex mineros, ex fabriles, gremialistas, ramas anexas, chóferes, voceadores y lustrabotas, no supo bien cuál de sus afiliaciones le había ayudado para que, por fin, pudiera cobrar su renta en cuarenta y ocho horas.

El día de cobro llegó. Todavía mantenía la carta invisible prendida con un gancho, como escarapela, en la solapa del saco. Despertó con su carraspera de viejo y un dolor infernal por las almorranas. Salió cuando la mañana recién clareaba. El cielo estaba nublado y un ventarrón azotaba las calles. Bajó la cuesta del barrio y se dirigió al banco más cercano. La fila serpenteaba a lo largo de tres manzanas. Emiliano Luján sintió un sofocón en la garganta, pero no quiso preocuparse. Se colocó junto a un compadre de militancia

de algún sindicato que ya no recordaba. “El banco abrirá a las nueve”, dijo el compadre. “Aunque abra dentro de diez años, no me muevo de acá”, dijo Emiliano Luján, limpiando el sudor de su frente con un pañuelo. Una fiebre lenta comenzaba a consumirlo. Cerca del mediodía, sintió otro sofocón en la garganta. Esta vez fue más largo y tuvo que pedir el apoyo al compadre. La fila ya era corta; diez personas más y cobraría por fin su renta. Recordó los dos exilios. Sin transición se puso a comparar a los gobiernos anteriores con el actual: no eran diferentes. La carta de la solapa le ardió igual que las almorranas contraídas en el destierro. Tal vez jamás podría entregarla; quizás sería mejor abrirla después de cobrar la renta.

Los sofocones aumentaron en intensidad y la vista se le nubló. Ahora, la carta le dolía. No podía tragar. El rostro se le llenó de sudor. “Carajo”, dijo y se apoyó en la ventanilla de la caja. El cajero apretaba las teclas del computador y contaba los billetes. “Siguiente”, dijo sin mirar a nadie. “Siguiente”, repitió con voz neutra. “Siga nomás, mi compadre se murió”, dijo el compadre con naturalidad. Alguien arrastró a Emiliano Luján fuera de la fila.

Su compadre y algunos otros jubilados sacaron el cuerpo del banco. En ese momento, el cielo empezó a despedazarse. Lo dejaron tendido en la acera; el granizo lo golpeó sin misericordia. El agua se llevó el secreto de la carta arrancando el gancho de la solapa. Nadie supo cómo el cadáver llegó a su casa, como tampoco por qué dos palomas salieron de su garganta cuando el cura daba la comunión en la misa de cuerpo presente.

Muchos años después, Juana la Loca —ya centenaria— visitó la tumba de Emiliano Luján. Estaba dos bloques más allá de la tumba de Carlos Palenque. El nicho no tenía nombre ni apellido o fechas; era sólo un ventanuco con revoque de estuco y sin fotografía. Tal vez fuese ella la única que, en realidad, conociera el secreto de la carta. “La carta era el olvido”, dijo Juana La Loca en un monólogo personal. Se acercó al nicho, rezó en silencio,

y empezó a escribir sobre el estuco. Al terminar, ocho palabras fueron olvidadas en aquel nicho; ocho palabras que formaban una frase que nadie recordaría:

"De la Rosa, ni El Nombre le quedó".



Gobierno Municipal de La Paz
BOLIVIA

**ACTA DEL JURADO CALIFICADOR
DEL XXXIV CONCURSO ANUAL DE LITERATURA
"FRANZ TAMAYO"
GENERO CUENTO
2007**

En la ciudad de La Paz, en fecha 05 de Octubre del dos mil siete años, a hora 21:00 En la sala de lectura del área de Libros Antiguos (2do Piso) de la Biblioteca Municipal "Mariscal Andrés de Santa Cruz" de la Unidad de Bibliotecas Municipales dependientes de la Dirección de Patrimonio Tangible Natural de la Oficialía Mayor de Culturas, se constituyó el Jurado del XXXIV Concurso Anual de Literatura "Franz Tamayo", en cumplimiento a la Ordenanza Municipal G.M.L.P 342/2007 e Instrucción Ejecutiva S.G N° 1868/2007 conformado por personalidades representativas del medio literario nacional:

- | | |
|---------------------------------|--|
| - Patricia Eugenia Alegria Uría | - Lic. En Literatura |
| - Moira Bailey J. | - MA en Comunicación
Periodista y Escritora |
| - Erika Bruzonic | - Abogada y Periodista |
| - Adolfo Cárdenas | - Escritor |
| - William Camacho Sanjinez | - Premio Franz Tamayo
2006 |

En primera instancia el jurado calificador procedió a verificar la inscripción de los 144 participantes, los que fueron considerados para su evaluación y posterior calificación.

Después de una rigurosa deliberación el jurado determino el siguiente fallo:

Se otorga por mayoría de votos, el **PREMIO ÚNICO** al cuento: "Para Blanca Coaquira donde quiera que esté su reino" escrito por Mabel Remedios Vargas Mendoza, presentado con el seudónimo de Joaquín con C.I. 2382721 L.P. consistente en Bs. 17,500 y diploma de honor.

Se otorgan las siguientes **MENCIONES**:

- 1.- Juan Álvaro Sanabria Abasto
- 2.- Vidal Guillermo Portugal Duran
- 3.- Elizabeth Scott Blacud
- 4.- Miriam Roxana Huarachi Herrera



Calle Mercado No. 1298 - 10654
T (591-2) 2202000 Fax: (591-2) 2204377
E www.lapaz.bo (591-2) 2204377



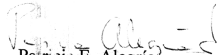
Gobierno Municipal de La Paz
BOLIVIA


- 5.- Mauricio Rodríguez Medrano
- 6.- Luis Alberto Portugal Duran
- 7.- Diego Andrés Mejía Alandia
- 8.- Luis Dante Gorená Vargas


Finalmente, se recomienda a la organización que los cuentos sean editados y publicados, previa edición y/o modificación de texto, comprendiendo estos los títulos, subtítulos, epígrafes y cuerpo del texto en sí.


Como una preocupación, se hace constar que el 90% de los participantes no se adscribían a los parámetros estándar de calidad literaria requeridos para un premio nacional de la altura y tradición del Premio Fran Tamayo


Para conformidad se firma el acta en triple ejemplar.


Patricia E. Alegria
C.I. 2312055 L.P.


Moira Bailey J.
C.I. 116267 L.P.


Erica Bruzonic
C.I. 116267 L.P.


Adolfo Cárdenas
C. I. 377705 L.P.


William Camacho S.
C.I. 2359181 L.P.